
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA MANSIÓN REZUMÓ SANGRE
CURTIS GARLAND

«La mano tomó la pluma del artístico tintero de cristal tallado. Comenzó a escribir sobre el papel timbrado, color marfil, de excelente calidad. La punta de la pluma producía un leve rasgueo, como si escribiera sobre un papiro.

El texto parecía bien meditado, fruto de una previa decisión de quien escribía con elegante, cursiva letra de afilados trazos, quizá denotando grafológicamente una indiscutible energía en su autor.

Una tragedia comenzaba de tan simple manera. Sus destinatarios, al leer la invitación, pensarían que era el epílogo a una vieja tragedia. Pero en modo alguno se les ocurriría imaginar que era el prólogo, a la vez, para otra tragedia nueva».



Curtis Garland

La mansión rezumó sangre

Bolsilibros: Selección Terror - 133

ePub r1.2
xico_weno 31.08.16

Título original: *La Mansión Rezumó Sangre*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La mano tomó la pluma del artístico tintero de cristal tallado. Comenzó a escribir sobre el papel timbrado, color marfil, de excelente calidad. La punta de la pluma producía un leve rasgueo, como si escribiera sobre un papiro.

El texto parecía bien meditado, fruto de una previa decisión de quien escribía con elegante, cursiva letra de afilados trazos, quizá denotando grafológicamente una indiscutible energía en su autor:

«Tengo el honor de invitar a usted, en esta fecha de nuestro entrañable Mardi-grass a la fiesta que, con tal motivo, y como despedida definitiva a estas paredes, celebraré en esa fecha.

»Imagino que usted quizá tenga ciertas razones para no desear asistir a la misma, pero he pensado ya en ellas, y le aseguro que, para bien de todos, es mejor que acuda sin falta en ese día.

»A las ocho en punto de la noche dará comienzo la reunión de buenos amigos, asistentes todos a nuestra velada de despedida. Por supuesto, ésta es una invitación en toda regla, que cualquiera puede declinar. Pero sé que ninguno de aquéllos a quienes les sea dirigida, faltará aquí esa noche. Otra cosa me decepcionaría profundamente. Y sabiendo lo que sé sobre cierta persona y ciertos hechos, dudo mucho que renuncien a ser testigos —o protagonistas, que todo es posible en este trance—, de lo que aquí pueda suceder.

»Le espero. Atentamente suyo,

»Claude Beaumont.

Era curioso. Pero la próxima invitación, cursada igualmente en papel marfileño, timbrado en elegante tono ocre y marrón, estuvo redactada en idénticos términos. Solamente varió el encabezamiento del texto, dirigido a diferentes personas.

Y así, hasta seis invitaciones, exactamente. Seis. Dos mujeres. Y cuatro hombres.

Todas iguales. Todas citando a sus destinatarios a una velada de despedida en cierto lugar de Nueva Orleáns, durante la noche tradicional del Mardi-grass.

Una tragedia comenzaba de tan simple manera. Sus destinatarios, al leer la invitación, pensarían que era el epílogo a una vieja tragedia. Pero en modo alguno se les ocurriría imaginar que era el prólogo, a la vez, para otra tragedia nueva.

Claude Beaumont sí lo pensó. Y quizá por eso, cuando la última de las seis invitaciones entró en su sobre respectivo, éste fue engomado y bajo el sello de los Beaumont se escribió el destinatario de la misiva, sus labios dejaron desprender una leve, irónica y suave risita.

Finalmente, la misma mano trazó el remitente, en el reverso del largo sobre apaisado:

«Claude Beaumont. Cementery Mansion. New Orleáns».

Eso fue todo.

* * *

—Cementery Mansión. —Tras un silencio, repitió roncamente—. La Mansión Cementerio… Horrible nombre para un edificio, ¿no crees?

—Existen razones para ello. Profundas y terribles razones, créeme.

—Aun así, no me gusta el lugar. ¿Por qué seguimos?

—No tenemos otro remedio —resopló él, roncamente. Miró atrás, a través de la ventanilla posterior del vehículo—. Posiblemente continúen siguiéndonos.

—Aun así, podríamos elegir otro camino.

—No, no lo creo. Éste es bueno.

—¿Por qué lo crees?

—Muy sencillo. Es un camino vecinal, quizá privado. —Los faros del coche resbalaron sobre el cartelón de madera, anunciador de Cementery Mansión, y el coche se aventuró definitivamente por la bifurcación donde comenzaba la ruta más estrecha y descuidada de

todas, entre arbustos y setos mal cuidados—. Por aquí nadie pensará en seguirnos.

El automóvil se internó en la propiedad. La mujer sentada junto al conductor miró aprensiva a los árboles agitados por el viento y la llovizna fría que tamborileaba ahora de forma monótona en la capota del coche y en su parabrisas. Miró atrás. Todo aparecía oscuro, silencioso, desierto. Como si realmente nadie fuera ya en pos de ellos. Como si hubieran conseguido lo que tanto ambicionaban poco antes: sentirse solos, lejos de toda persecución.

Y, sin embargo, la mujer no reveló calma ni alivio. Por el contrario, bajó la cabeza, mirando preocupada en derredor. Como si los peores enemigos pudieran estar emboscados en las sombras, detrás de los árboles cuyos ramajes movía el viento con crujidos fantasmales.

El hombre acomodado al volante no dejaba de mirar ante sí a la cinta estrecha del camino vecinal. Pasaron rápidamente un cartel de tablas, bien legible a la luz de los faros:

PROPIEDAD PRIVADA. NO ENTREN

—Estamos quebrantado la ley —dijo ella.

El conductor soltó una breve, irónica carcajada. Viró en una curva, sobre un denso hacinamiento de matorrales. Su comentario tuve mucho de sarcástico:

—¿De veras, Querida? Es toda una novedad.

Ella sacudió la cabeza, preocupada. Respiró con fuerza, inclinada hacia el parabrisas, en el que empezaron a oscilar los limpiadores, con un ritmo monocorde.

—Esto puede ser diferente —dijo.

—¿Diferente? —Él la miró un momento. Al reflejo de la luz de los faros, su rostro reveló indiferencia.

—Sí. Este lugar… No me gusta. Parece embrujado.

—¡Embrujado! —Sonrió el automovilista—. Tonterías. Es una vieja mansión en desuso. Tiene un cementerio familiar dentro. De ahí su nombre. Todo eso no tiene nada de inquietante. No hay policías. Ni coches patrulla, si a eso te referías. Es lo único que me preocupa.

—¿Y la muerte? ¿No te preocupa la muerte, Paul?

—Como a todos —se encogió él de hombros—. El hecho de que

esta mansión esté abandonada y posea panteones familiares, no significa nada. ¿O crees en fantasmas ahora?

—No sé en qué creer. Tengo miedo, eso es todo.

—Miedo… No lo tuviste cuando nos apoderamos de… de eso —señaló atrás, vagamente, con el pulgar—. Y eso sí que es grave, Yvonne.

—Lo sé, del mismo modo que lo sabes tú, Paul. Ambos nos metimos en esto, a conciencia de lo que hacíamos. Ya no admite volver atrás. Y no pienso hacerlo, ocurra lo que ocurra.

—Yo tampoco. Ni siquiera después… después de lo sucedido a Eric —murmuró él, sordamente.

—Eric… —Ella cubrió el rostro con sus manos. Éstas delataron un ligero temblor—. Por el amor de Dios, no le menciones. Es terrible imaginar… imaginar lo que ha llegado a pasar. Nosotros no hemos tenido culpa de ello, Paul.

—¿Lo sabremos alguna vez a ciencia cierta, Yvonne? —dudó él —. Mucho me temo que todo quede en el aire… y para todo el mundo, nosotros dos seamos los culpables. De todo.

—Eso… eso significaría la última pena, Paul. La ejecución por asesinato…

—Calla —cortó el hombre bruscamente, acelerando por el sendero recto, entre setos altos, descuidados y sin igualar, y una especie de larga fila doble de cipreses que flanqueaban el sombrío recorrido—. Es mejor no hablar de eso. Hemos de confiar en que todo salga bien.

—¿De veras? —Ella señaló hacia el camino irónicamente—. Por el momento, no parece ser así. Creo que has equivocado el camino, PauI.

Él emitió un gruñido. Frenó el coche, con los faros proyectando un doble raudal de luz sobre un indicador escueto, que señalaba al fondo del sendero:

AL CEMENTERIO DE LOS BEAUMONT

—El cementerio… —Paul se estremeció—. Sí, creo que tomé mal la bifurcación, allá en la curva. Debía haber otro sendero en el arbolado, pero quedaba casi oculto, a nuestra izquierda. Volvamos, Yvonne.

Maniobró dificultosamente, dado lo angosto del camino,

golpeando los setos con su parte posterior y con el guardabarros. Finalmente, regresó por donde había venido. Alcanzó la curva de nuevo. Los faros revelaron la existencia de un sendero descuidado, repleto de hojarasca seca, batido por el viento y la llovizna, camino de alguna parte en la noche.

—Es por ahí —dijo ella—. Debe conducir a alguna parte de esta mansión.

—Sí, pero ¿dónde? —preguntó PauI, irónico—. ¿A la vida o a la muerte?

—Si es un chiste, no tiene gracia —replicó ella, malhumorada.

—No, no es un chiste —negó Paul, secamente—. Mira eso.

Y dando un brusco e inesperado viraje al coche, proyectó la luz de los faros sobre un ángulo en sombras del camino, a su derecha.

Yvonne emitió un agudo grito de terror. En las sombras de la noche, por un instante, destacó, vivida, la faz descarnada de la muerte.

La calavera fue visible unos instantes, como flotando en las sombras, en medio de matorrales y árboles deshojados. Luego, el horrible rostro descarnado desapareció tan súbito como había surgido.

Tranquilamente, como si nada hubiera visto, el hombre hizo rodar el coche sendero adelante. A su lado, demudada, Yvonne tardó en reaccionar. Cuando finalmente lo hizo, miró atrás, sobresaltada. No descubrió cosa alguna por la ventanilla posterior.

—¿Qué significaba eso, Paul? —gimió, angustiada—. ¿Por qué no te detuviste para indagar lo que sucedía?

—No merece la pena —rió él, entre dientes—. Es Carnaval. Yvonne, ¿ya lo olvidaste? Mardi-grass, para ser exactos. No podía ser sino un simple disfraz.

—Oh… Paul, eres irritante a veces —se enfureció ella—. Pudiste empezar por ahí. Tuve un susto espantoso.

—Yo también me sobresalté inicialmente, pero sé dominarme —comentó él, sarcástico—. Recordé la fecha. E imaginé que hay alguna fiesta de disfraces en la mansión. Eso es todo.

—Fiesta de disfraces. ¿En un lugar tan horrible como éste, abandonado y a punto de ser derruido? No sé de nadie que haya morado aquí… desde la matanza de hace cinco años.

—¿Matanza? —Paul la miró, interesado.

—Sí, eso dije. Entonces sucedió algo espantoso. Fue como si toda la casa comenzara a rezumar sangre, o cosa parecida. He oído decir que van a derruir este caserón… y a convertir las tierras en una zona industrial. ¿Cómo puede haber hoy máscaras aquí?

—No lo sé. No creo que los esqueletos del cementerio se dediquen a paseos nocturnos en el Mardi-grass, querida.

—Tu sentido del humor es terrible —se quejó ella—. Haces que una llegue a sentirse enferma.

—No fue culpa mía, sino de esa calavera —le recordó Paul—. De todos modos, si era una persona disfrazada, como imagino, habrá otras en el lugar.

Apenas había terminado de decir eso, cuando la visión surgió en el sendero, ante los faros del coche. Yvonne fue la primera en advertirlo. Emitió un agudo, terrible grito, y se aferró instintivamente a su compañero. Éste procuró controlar el volante, y, a la vez, utilizar los frenos, antes de arrollar al cuerpo ensangrentado.

Porque justamente en medio del camino, yacía aquel cuerpo bañado en sangre, como una piltrafa teñida de escarlata vivo.

Y eso, con ser terrible, no lo era tanto como la dama erguida ante él, con sus ropas negras flotando al viento, igual que un ser de pesadilla… y con sus manos largas y marfileñas mojadas en rojo, goteando sangre copiosamente… Sangre que salpicaba también siniestramente sus ropas, su blanco descote, su rostro, su melena negra, incluso dándole el aspecto de una demoníaca criatura, de una íncubo, surgida directamente de los dominios de Satán.

El coche no pudo frenar a tiempo. Paul tuvo que virar violentamente para no pasar los neumáticos sobre el cuerpo sangrante y precipitarse sobre la alucinante mujer manchada de sangre, con lo que el coche derrapó, yéndose contra un árbol lateral, donde golpeó, por fortuna brevemente y sin fuerza, ya que al fin habían funcionado los frenos.

De todos modos, sonó un estallido de vidrios… y los dos faros se extinguieron, quedándose inmovilizados en la oscuridad de la noche, sin luz alguna para orientarse. Y cerca, muy cerca del lugar donde les fuera dado ver la terrorífica visión sangrienta…

En algún lugar de la hacienda, a más distancia de ellos, se percibió ahora un largo y terrible alarido de pavor.

Era una voz de mujer, presa del más agudo pánico que jamás creyera advertir cualquiera de los dos jóvenes ocupantes del coche inmovilizado.

* * *

La mano de Yvonne era una temblorosa presión helada sobre la de su compañero de viaje. Notó su energía al apretarle los dedos nerviosamente, suplicando en voz baja:

—No, por Dios… No salgas, Paul. Sólo Dios sabe lo que está sucediendo alrededor nuestro. Pero sea lo que fuere, no me gusta. Tengo miedo.

—¿Tú, miedo? —Paul rió brevemente en la sombra, para darle alientos—. Vamos, no seas tonta, Yvonne. No puede suceder nada malo. Ésta es una vieja casa, hoy es Carnaval, y tal vez todo se reduzca a una serie de bromas entre invitados, de mejor o peor gusto.

—Bromas… Me gustaría que fuera eso, Paul —jadeó ella apagadamente—. Pero esa mujer ensangrentada, el cadáver, el esqueleto… y ahora ese grito… me hacen pensar lo peor.

—Me gustaría saber qué es para ti lo peor… cuando estamos huyendo de la policía, con una acusación de homicidio sobre nuestras cabezas.

—Por Dios, calla, no hables de eso —rogó ella, apagadamente. Al abrir la portezuela Paul, se sintió sacudida por un sutil escalofrío. Miró aprensiva a las sombras que les rodeaban, ahora completamente insondables en la noche bochornosa y húmeda—. Paul, ¿qué piensas hacer ahora?

—Ante todo, ver lo que hay en la carretera… Luego, tratar de indagar quién gritó y por qué… —Sonó bronca la voz de él.

—No nos importa eso, Paul. No debemos mezclarnos en nada. Nuestra situación misma es ya de por sí bastante delicada.

—Pero estamos metidos en ello, nos guste o no. Éste podría ser un buen refugio, con esa gente persiguiendo nos por ahí. No renuncio a él mientras no se demuestre que es todavía peor que aquello de lo que huimos.

—Pero… pero no puedo quedarme sola aquí dentro. Estoy muy asustada. Esa oscuridad, esos arbustos, lo que hemos visto…

—Yvonne, puedes venir conmigo —la animó Paul—. Es quizá lo

mejor.

—Y… ¿y lo que llevamos en el coche? —musitó ella, preocupada, aferrándole un brazo.

—Se tendrá que quedar ahí, querida. Lo siento, pero no podemos llevarlo con nosotros, como quien carga con una caja de zapatos o un portafolios. No debes temer nada. Está seguro donde está ahora…, mientras no se lleven el coche de aquí. ¿Vamos ya?

Yvonne asintió, inquieta. Y todavía se asustó más, al advertir en la mano derecha de su compañero el brillo frío y azulado de algo metálico. Le aferró el brazo, excitada.

—Paul, la pistola… ¿Vas a utilizarla?

—Si me obligan, sí —afirmó él, rotundo.

—Un disparo podría… podría sernos funesto a los dos —le recordó ella, con voz apagada.

—También podría serlo que hubiera aquí alguien dispuesto a tapar nuestras bocas, si es que hemos sido testigos de algo inconfesable, Yvonne —rió entre dientes su compañero—. No estoy dispuesto a morir estúpidamente. Ni dejaré que tu vida peligre tampoco.

—Me pregunto si no hemos hecho lo peor que podía hacerse — habló ella, mientras se movían lentamente a través de un suelo de crujiente hojarasca seca, de regreso a la carretera vecinal que habían recorrido con el coche.

Paul buscó en su bolsillo con la mano zurda, hasta extraer una pequeña linterna eléctrica, de las que se cargan por sí solas conectándolas a la red, sin necesidad de pilas. El delgado hilo de luz era, cuando menos, brillante. Lo suficiente para revelar los contornos inquietantes del sombrío lugar.

Estaban en un enorme parque privado, donde alguna vez hubo setos bien cuidados, arbustos dispuestos simétricamente y altos árboles frondosos. Alguna vez debió ser un sitio hermoso y señorial. Ahora, en la oscuridad nocturna, era un recinto sombrío e inquietante, en el que todo podía suceder.

Pasaron la zanja y los árboles, donde se dieran el golpe de frente. Se quedaron mirando hacia la carretera. En principio, creyeron estar soñando.

—No hay nada… ¡No hay nada ni nadie, Paul! —gimió ella, aterrada.

Él afirmó despacio. Su tono fue de clara perplejidad:

—Sí, va lo veo. No hay ni rastro de la mujer ensangrentada, ni tampoco del cuerpo tendido en tierra. No lo entiendo. No te muevas de aquí, Yvonne. Voy a tratar de poner eso en claro.

—¡No, no vayas! —pidió la muchacha, con voz muy baja, susurrante—. Tal vez sea peligroso. Quizá ni siquiera sean cosas… de este mundo…

—¡Tonterías! —La miró, sorprendido. Al reflejo de la delgada luz de la lámpara portátil, los ojos de Paul, grises y duros, centellearon, intrigados—. ¿Vas a creer en fantasmas a estas alturas?

—No… no sé qué pensar ya. Veo algo horrible y siniestro en todo esto.

—Evidentemente, lo hay, a menos que hayamos visto una fiesta típica de Mardi-grass… montada en nuestro honor, y con excelentes actores y gran derroche de globulina. Espera. No hay más riesgo en investigar lo que hemos visto desde el coche, que en quedamos cruzados de brazos, esperando reanudar un viaje de noche en automóvil, sin faros y con la parte delantera totalmente abollada.

Sus razones parecieron convencer plenamente a Yvonne, que esta vez no se atrevió siquiera a replicar cuando Paul se adelantó hasta el centro mismo del camino. Proyectó su lámpara al suelo. Silbó entre dientes y se quedó quieto, perplejo. Luego, de súbito, describió en torno suyo un círculo escudriñador, con el hilo de brillante luz.

Éste se paseó sobre arbustos desnudos, setos descuidados y árboles amarillentos, que el viento agitaba lúgubremente. No captó nada, al menos que viera Yvonne desde su emplazamiento. Luego, Paul se aproximó a ella. Habló con voz grave:

—Hay algo. Sangre, cuando menos.

—¡Sangre!

—Por tanto, no era ninguna broma. No es pintura, ciertamente. Ni sangre sintética, de la que utilizan en e3 cine. Es sangre. Se ha vertido copiosamente. Si quien la perdió estaba realmente muerto, su cadáver no puede haber ido muy lejos.

—¿Y la mujer?

—La mujer… —Paul se reunió con Yvonne, y luego miró en torno, preocupado, inquieto. Se encogió de hombros—. De ella sí

que no queda el menor rastro. Pero no creo que cargase con el cadáver. Parecía ion hombre corpulento. Demasiado, para las fuerzas de tina mujer.

—No parecía realmente una mujer. Era como una bruja, una endemoniada… —musitó Yvonne.

—En ese caso, las brujas son muy bellas —comentó Paul, irónico, guardando su lámpara en el bolsillo y limitándose a apretar entre sus dedos la culata de la pistola automática, una «Beretta» pavonada, calibre 32. Miró a Yvonne—. Bien, ¿y qué hacemos ahora? La mansión de los Beaumont ya nos dio su bienvenida. Es posible que estén esperándonos dentro de ella los bucaneros del Caribe que pirateaban por estas costas hace siglos… Se dice que sus espíritus acostumbran a pasearse melancólicamente por el lado viejo de Nueva Orleáns.

—Tu sentido del humor es deplorable, Paul —se quejó la joven, estremeciéndose, no supo si por el frío de la noche o por su propio temor interno—. Lo mejor sería marcharnos lo antes posible. Lejos de aquí… a cualquier otro lugar donde no haya manchas de sangre, cadáveres que desaparecen, brujas más o menos hermosas… y calaveras deambulando por los parques y jardines. Ah, sin contar el grito…

Antes de que. Paul pudiera replicar algo, el alarido de antes se repitió, como si hubiera esperado justamente a que Yvonne hablara de ello. La muchacha lanzó un gemido, y se acurrucó contra el pecho de Paul, en busca de protección.

—Los gritos —rectificó él, sin perder su envidiable sentido del humor—. Ya son dos. Vamos, Yvonne. Ha sonado por allá. Trataremos de ver quién se divierte de ese modo, poniéndonos los cabellos de punta.

—No, no, Paul —rogó ella—. No lo hagas. No encontraremos nada agradable, estoy segura.

—Tampoco ganaremos nada escondiendo la cabeza en el suelo. Si hay algo malo por aquí, vale más conocerlo y tratar de protegerse de ello. Ya sabes que no podernos elegir. Tenemos el coche averiado y sin luces. En esas circunstancias ir por ahí sería suicida. En todos los sentidos, tú me entiendes bien. Es preferible ver venir las cosas, dar la cara al posible peligro, para prevenirlo a tiempo. Adelante; Yvonne. Y no temas nada. Creo que no hay fantasmas capaces de

soportar un proyectil de calibre 32 en su cuerpo, de eso estoy bien seguro, Yvonne.

Tiró de ella, pese a su oposición. Ambos avanzaron resueltamente hacia el interior de la mansión, en dirección sin duda a la orilla del mar, Paul pudo advertir que el olor salobre, con reminiscencias de yodo y de aceites y combustibles de embarcaciones a motor, aumentaba a medida que se aproximaban a Cementery Mansión.

De súbito, ante ellos, vaporosa, flotó la aparición de otra mujer. Ésta no era la de negros cabellos y ropas enlutadas, con sangre en sus manos y vestidos. No. No era la misma.

Ésta vestía de claro, era rubia… y no tenía sangre sobre sí. Pero sí un vivo terror, que la hizo volverse hacia ellos dos y exhalar un grito agudo, estremecedor, de verdadero pánico.

El tercer grito. La misma voz, en todas las ocasiones.

CAPÍTULO II

—¡Me quieren matar! ¡Asesinos! —gritó agudamente, retrocediendo ante ellos, pálida como una muerta, con sus ojos desorbitados, con manos temblorosas que se extendían hacia ambos, tratando quizá de detenerles, igual que si fuesen una imagen fantasmal.

—No, nadie quiere matarla, señora —replicó secamente Paul, procurando ocultar a sus ojos el arma automática que llevaba en su mano—. Lo que me preocupan son sus gritos. El último parece justificado. La asustamos. Pero ¿y los anteriores? ¿Qué sucede con ellos? ¿Por qué ha gritado usted?

—Oh, antes… —Les miró, todavía aterrorizada—. ¿Qué puede importarles eso? Ustedes… ustedes han venido a la orgía, ¿verdad?

—¿La orgía? —Paul rió entre dientes—. Bueno, eso suena bien, al menos.

—La orgía de sangre —continuó sombríamente la mujer, como en trance, perdidos sus dilatados ojos azules en el oscuro vacío de la noche.

—Ah, eso ya no suena tan bien —rectificó con rapidez Paul, arrugando el ceño—. Sangre… He visto manchas en el camino. Y en un cadáver. Y… en una mujer.

—El cadáver… —Ella señaló de repente, con tembloroso brazo, y no menos estremecida mano hacia un montón de ásperos y descuidados matorrales—. Está ahí… Ahí… Acabo de verlo…

—¿El cadáver? —Paul pegó un respingo y saltó velozmente hacia los arbustos, separándolos con enérgico ademán y proyectando su luz de la linterna sobre el punto que a Yvonne le resultaba todavía invisible—. Oh, sí… El cadáver… Segundo grito. Ahora lo comprendo mejor.

Yvonne también lo comprendía… Despreocupándose de la dama atemorizada, que permanecía ante ellos como estática, se precipitó

hacia Paul, Tratando de ver lo que él veía. Cuando lo vio, ya no se sintió tan curiosa. Giró la cabeza, asqueada. Tembló, al murmurar con tono quebrado:

—Es el mismo… El mismo cuerpo de la carretera… Paul, ¿qué está ocurriendo aquí?

—No sé. Serénate, Yvonne, querida. —La rodeó con un brazo, fuertemente—. Después de todo, sabemos algo confortante: el muerto es realmente un muerto. Y la sangre era real. No vimos alucinaciones.

—Buen consuelo… ¿Y quién llevó hasta ahí ese cadáver? ¿Por qué,. Paul?

—Eso es pronto para responderlo. —El joven contempló pensativamente el cuerpo fornido, empapado de rojo. Ropas desgarradas, heridas, sangre… Levantó la cabeza. Miró a Yvonne y cubrió con su propio cuerpo el del difunto—. Debieron trasladarlo aquí por alguna razón que no alcanzo a entender. Pero eso no es todo. Falta la dama de luto, con sus manos tintas en sangre.

Y la calavera. Y la razón del primer grito…

Se acercó a la dama rubia, de azules ojos, pálida faz y ropas claras. La miró fijamente, al preguntar con sequedad:

—¿Por qué, señora? ¿Por qué el primer grito?

Ella le miró, boqueando asustada, como si no se atreviera a hablar. Luego, de pronto, señaló con su dedo tembloroso. Como sí Se señalara a él. Y dijo, vacilante:

—Por… por eso…

No, No le señalaba a él. Paul giró la cabeza, sobresaltado. Ella señalaba a algún punto, situado tras él.

Entonces vio al ahorcado y a la dama sangrienta, sobre un fondo horripilante, de sangre humana a torrentes. El ahorcado era un perfecto desconocido. La dama de manos sangrantes… era la misma de la carretera.

* * *

Pero era un cuadro. Sólo un cuadro, colgado de un árbol.

Sin embargo, se trataba de la misma mujer. El ahorcado no era el hombre muerto, el cadáver fornido que tenía ante sí. Se trataba de un joven flaco, huesudo, de cabellos largos, de barbita rizosa, casi como un *hippy*. El marco era de pesada madera dorada.

Oscilaba, a impulsos del viento, colgado de una fuerte rama. Como sí él mismo fuese un ahorcado.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró Paul, ceñudo. Miró a la dama desconocida—. Ese cuadro absurdamente colgado de un árbol, ese cadáver, la mujer ensangrentada…, usted… ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Es todo esto un juego de locos?

—Algo peor. Un juego de muerte. De crimen, de odios desatados —jadeó la extraña mujer, cayendo de rodillas, con una corta risa histérica. Hundió el rostro entre sus manos, nerviosamente—. Son ellos… Ellos dos, ¿comprende?

—No, no comprendo nada —replicó Paul—. No conozco este lugar. Por eso quiero saber lo que ocurre realmente aquí.

—Ellos… —Señaló al cuadro enmarcado de oro—. Son ellos… La Dama Sangrienta… y el propio autor… Un gran cuadro… Autorretrato con la Dama Sangrienta… Pero ahí, como si el propio Basil Briscoe hubiera sido ahorcado de nuevo… ¡es horrible! ¿No lo entienden? ¡Es horrible!

—Ciertamente, no resulta agradable —admitió irónicamente Paul, tocando uno de los cantos del cuadro absurdamente colgado de aquel árbol, como una composición surrealista, digna de los ya caducos tiempos dalinianos—. Pero no me importaría mucho si no se pareciese tentó esa mujer a otra que he visto antes… en carne y hueso.

—¿A… a ella? ¡Imposible! —Susurró ahogadamente la dama—. No pudieron verla… Está muerta. Lleva años muerta.

—Paul, te lo dije —gimió Yvonne, acercándose a él—. Esto no es de este mundo. Aquí ocurren cosas horribles… ¿Por qué no nos marchamos de una vez por todas y dejamos a esta gente con su cohorte de espectros ensangrentados?

—Yvonne, empiezo a recordar ciertos detalles —habló Paul, pausadamente—. De eso hace ya años, pero ese nombre que citaron antes, el de… el de Basil Briscoe… me hizo evocar una noticia de las crónicas negras de entonces… Basil Briscoe el Pintor Loco… Soñaba con orgías de sangre, con muerte y con horror. Y murió en una de ellas, la peor que pudo imaginar su mente calenturienta. La gran orgía de muerte que hizo chorrear sangre por las paredes de Cementery Mansión.

—Briscoe… —Yvonne asintió, reaccionando, dominando al fin

sus temores supersticiosos. Miró el cuadro de extraños colores, verdadera sinfonía grotesca y horrible en rojo y negro, Asintió, moviendo la cabeza—. Sí, ahora recuerdo muy bien… Basil Briscoe, el genio. O el loco. Dependía de quién hablara de él. Ahorcado en… en una fiesta de… de…

—De Mardi-grass, sí —afirmó despacio Paul, volviendo los ojos hacia la dama rubia que emitiera los tres gritos de terror—. Entonces fue ahorcado brutalmente ante todos, ¿verdad, señora? Justamente en esta misma casa… hace años… en una fiesta absurda y terrible.

—Una fiesta como la de esta noche, señor —jadeó la dama. Cayó de rodillas, medio sollozando. Prosiguió, angustiada—: Siempre dije que esta cita no tenía sentido, que era como venir a una trampa horrible… a una cita con la misma muerte.

—De momento, sólo hay un cuadro colgado de un árbol. Y un muerto. ¿Conoce usted al difunto, señora?

—Sí —murmuró ella—. Lo conozco… Era… era otro de los invitados. Uno de los que vinimos aquí en este Mardi-grass…, todavía no sé por qué…

—¿Su nombre?

—James. James Briscoe… el hermano de Basil, precisamente.

—Su hermano… —Paul arrugó el ceño, mirando al fornido hombre muerto, luego al flaco ahorcado del cuadro delirante—. Cielos, poco se parecían…

—Paul, ¿te convences ahora? —terció Yvonne, serena, enérgica, ya sin temor en su tono, pero aferrándole con energía por un brazo —. Esto es como una horrible trampa mortal. No tenemos nada que hacer aquí. Debemos irnos lejos. Lo más lejos posible, por el amor de Dios.

—Está bien —aceptó Paul, finalmente—. Nos iremos. Pero antes me gustaría conocer al anfitrión de tan singular reunión social.

—Lo tiene usted en su presencia, señor —dijo la fría voz tras él.

* * *

Paul contempló al hombre.

Aquél era ya un lugar menos siniestro, aunque igualmente inquietante. El gran salón de dorados espejos, cuadros gigantescos y cortinajes de pesado terciopelo, ofrecían la pátina del tiempo sobre

su indudable magnificencia de otras épocas… En algunos rincones, incluso aparecía el gris entramado de las telarañas. Las luces eléctricas, dispersas por doquier, no todas tenían claridad. Muchas estaban fundidas o rotas. Eso daba un fuego extraño de luminosidad a las amplias estancias.

—Mi nombre es Beaumont. Claude Beaumont —explicó calmosamente el alto caballero de cabellos canosos, lisos y bien cuidados, patillas largas, recortadas minuciosamente, ojos verdes y fríos. Era enjuto, bien rasurado, pálido de piel, de manos delgadas y huesudas, de expresión apacible y serena, como si nada le importara realmente. O como si todo lo que le importase, estuviera siempre a favor suyo.

—El mío, Paul… Paul Lane… —añadió el joven, secamente—. Y ella es mi amiga, Yvonne Leroux. Yo no soy de Louisiana. Pero Yvonne, sí, por supuesto. Su nombre es obvio, ¿no le parece?

—Sí, parece evidente —sonrió con aire apacible su aristocrático interlocutor—. Bien, mis queridos amigos. Ustedes no figuraban entre mis invitados, pero sean bien venidos al Mardi-grass de Cementery Mansión.

—Muy amable —ponderó Paul, sardónico—, Yvonne, Incluso somos bienvenidos, ¿viste? Es enternecedor, palabra… Casi nos compensa de la primera impresión sufrida al entrar en esta bella y extraña mansión…

—Sé lo que está pensando. A usted, todo esto le irrita y exaspera. Se ha encontrado, desagradablemente; con varios hechos realmente atroces, señor Lane. Pero todo tiene su explicación. Incluso lo injustificable a primera vista.

—Yo no encuentro mal que alguien quiera matar a otra persona, señor Beaumont. Pero lo realmente insólito es que, para todo eso, tengan que rodearlo de damas ensangrentadas, de cuadros colgados de los árboles, de calaveras ambulantes y toda esa pléyade de aquelarres grotescos y horribles.

—Señor Lane, eso forma parte de cuanto sucedió hace ya años aquí. En realidad, no están sino repitiéndose ciertas cosas que condujeron a una auténtica matanza.

—Lo sé. Pero ¿por qué repetir esa matanza, señor Beaumont?

—Porque era necesario.

—¿Necesario?

—Imprescindible, diría yo.

—Imprescindible… ¿para qué? ¿Para quién?

—Para todos, señor Lane.

—¿Y… quiénes son todos? —insistió Paul Lane.

—Nosotros. Los que estamos aquí esta noche. Los que aún tienen que venir. Los que sobrevivieron, Y los demás.

—Los que sobrevivieron… Los demás… —Paul Lane enarcó las cejas—. ¿Qué significa todo eso exactamente, señor Beaumont? No logro entender sus palabras.

—Es fácil. Usted ha oído hablar de la orgía de sangre de un Mardi-grass siniestro, en Cementery Mansión. Pero no sabe detalles. Detalles horribles, que hielan la sangre, señor Lane. Cómo murieron aquellas personas, cómo sucedió todo…

—No está obligado a hablarme de ello, en realidad. Yo solamente soy un viajero que ha equivocado el camino, que sufrió un accidente aquí dentro, al enfrentarse a una escena imprevisible… y creo que eso es todo.

—No importa, señor Lane. —Beaumont abrió con parsimonia una pitillera, y eligió cuidadosamente un cigarrillo, que puso entre sus dedos—. Me encanta charlar con alguien que me comprenda y puede ayudarme. El instinto me dice que usted es una de esas personas. Y, según mucha gente, yo soy una persona de un notable instinto para muchas cosas.

—Aun así, señor Beaumont, ¿de qué serviría comentar hechos que usted conoce, y que en nada me afectan a mí?

—Por favor, deje que sea yo quien decida. Me basta con tener un interlocutor… y en este caso, tengo dos. Una gentil oyente, y usted mismo… —Miró con afable sonrisa a Yvonne Leroux—. Por favor, dejen que evoque algunas cosas. Sólo unas pocas…

—Está bien —suspiró Paul, cruzándose de brazos, iras una mirada significativa con Yvonne—. Adelante, señor Beaumont. Usted invitó a esas personas a la noche del Mardi-grass. Les tiene aquí. Y ya hay un muerto entre ellas: James Briscoe, hermano del genial Basil Briscoe, el llamado pintor loco. Una mujer deambuló ante el cadáver, con manos sangrantes. Era alta y morena, pálida y de ojos oscuros, vestida de negro, de faz angulosa pero bella…

—¡La Dama Ensangrentada! —susurró roncamente Beaumont, mostrándose por vez primera alterado. Había encendido su

cigarrillo, y los de Paul e Yvonne. La luz de un viejo candelabro dorado, con bombillas mate en forma de vela, dio fuertemente en su rostro, contrastando sus facciones estiradas y frías—. ¿Está seguro? ¿Verdaderamente vio usted a esa mujer en el sendero, como dice?

—No sólo eso, señor —intervino Yvonne, con sequedad—. La vimos los dos. Puedo jurarlo.

Claude Beaumont la contempló con aristocrática arrogancia. Humedeció sus labios y pestañeó, como preocupado. Su voz era un ronco murmullo:

—Entiendo —dijo—. Ambos la vieron. Están totalmente seguros.

—Sí —afirmó Paul, gravemente—. Ella lo está. Yo también.

—Pero… pero la Dama nunca existió, señores —se quejó Beaumont, amargamente—. Fue sólo un sueño del pobre Briscoe… Un sueño plasmado en uno de sus mejores y más terribles lienzos, precursor incluso de su propia muerte.

—El lienzo del autorretrato de Briscoe —asintió Lane—. Muerto… y ahorcado. Con la Dama cerca. Pero esta vez no fue Basil Briscoe, sino un hermano suyo, James. Y no murió ahorcado, sino evidentemente acuchillado. Ferozmente acuchillado, diría yo, a la vista de ese cadáver que alguien movió de un lado para otro.

—No me refería a James, sino a Basil. James era sólo un patán —suspiró Beaumont—. Basil, un genio, un hipersensible, un hombre capaz de imaginar lo más monstruoso… y también lo más sublime. Y dispuesto a compaginar ambas cosas en su obra. Pero la Dama… ¿cómo pudieron verla en mi mansión esta noche?

—Es Mardi-grass —le recordó fríamente Yvonne—. Tal vez alguien se disfrazó como esa mujer del cuadro.

—¡Delphi! —Exclamó rotundamente Beaumont, dándose un golpe en la frente—. No pudo ser otra que Delphi…

—¿Delphi? ¿Quién es ella? —se interesó Paul, impaciente.

—Delphi Lawson, naturalmente. La viuda de Norman Lawson. También… también su esposo murió en aquella fiesta horrible. Decapitado, ¿saben? Costó hallar su cabeza, en el fondo de la bahía… Delphi es alta, morena, angulosa, pálida… y viste de negro. Sí… Creo que el propio Basil la imaginó a ella como modelo de su cuadro… Un cuadro hermoso y tremendo… que empieza a ser realidad. Dios mío, qué mal gusto debió tener esa muchacha para… para adoptar semejante disfraz… No debió hacerlo sinceramente.

No, no debió hacerlo.

—¿Cree que es lógico disfrazarse de Dama Sangrienta, recordando que en otra fiesta similar murió su esposo atrozmente mutilado? —dudó Yvonne, tomando estremecida una mano de Paul al hablar.

—No sé… En Delphi todo es lógico e ilógico a la vez. Quizá por eso mismo la eligió Basil para su cuadro. De todos modos, hablaré con ella… si está en la casa.

—¿Si está? —Paul enarcó las cejas, asombrado—. ¿Es que ni siquiera sabe si sus invitados llegaron?

—Es difícil de saber, amigo mío —suspiró risueñamente Beaumont—. Envié seis invitaciones. Seis. Solamente he visto a tres personas hasta ahora, aparte ustedes dos… que no figuran en absoluto en mi lista.

—¿Tres personas? Yo solamente he visto a dos: esa joven rubia, tan asustada…

—¿Erika Siodmak?

—Y el difunto James Briscoe. ¿Quién es la tercera?

—Un asesino —rió sardónicamente el desconcertante Claude Beaumont—. El asesino de seis personas hace cinco años, entre estos mismos muros, ¿no es cierto, mi querido Eider?

Se había dirigido a alguien situado tras Paul y su compañera. Éstos giraron la cabeza. Yvonne dominó dificultosamente un grito de terror, al ver flotar entre las luces del viejo y aristocrático salón, la faz horrible y descarnada de una calavera.

Luego, esa cabeza desapareció al despojarse su dueño de la caperuza fosforescente que, con el rostro de un esqueleto, llevaba sobre sí. Un hombre rubio, alto y con barbita afilada y recortada, a lo Van Dyck, soltó una agria carcajada, encarándose a los presentes.

—Exacto —dijo con cinismo—. El asesino de seis personas. Pero ¿cómo podrás probarlo alguna vez, mi querido Beaumont?

CAPÍTULO III

—Un asesino… Es lo que faltaba, Dios mío… Pero ¿en qué horrible pesadilla nos hemos metido, PauI?

—Serénate, Yvonne. No nos conviene perder el control. A nosotros, menos que a nadie. Date cuenta de que estamos en realidad entre dos fuegos. Si nos ausentamos, tendríamos que correr el riesgo de ser vistos, capturados por… por quienes nos persiguen. Está mucho en juego para que cometamos ese error, Yvonne. Nuestras vidas, y lo que tenemos en el coche. —Miró en derredor, preocupado, a los muros, cortinajes y espejos de la señorial mansión de los Beaumont, a donde el azar de aquella noche les había llevado—. Es preferible mantenerse aquí, a cubierto de perseguidores.

—Pero ¿por cuánto tiempo? Hay un muerto por medio, Paul. Asesinado a cuchilladas. Avisarán forzosamente a la policía de Nueva Orleáns. Y entonces…

—No creo que ésa sea la idea de Beaumont, No, no piensa avisar a la policía… hasta que sea de día.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Me lo ha dado a entender. Pude leer en su gesto, en sus medias palabras. Quiere dar una noche atroz a una serie de personas. Burlarse de ellas, tenerlas a su merced durante una serie de horas…

Yvonne sacudió la cabeza. Los dos jóvenes estaban solos en aquella sala que un día fuera acogedora, y actualmente rozaba la imagen de un panteón para difuntos de otro tiempo. El abandono, la pátina del tiempo, habían pesado extrañamente sobre aquel lugar.

—No es posible —rechazó—. No puede hacerlo. Nadie aceptaría la exigencia de quedarse toda una noche aquí, en una casa horrible, donde la sangre chorreó virtualmente por las paredes en otro Mardi-

grass como éste… Y menos teniendo un cadáver ante sí. Ya sólo son cinco invitados. Y el anfitrión, Claude Beaumont.

—Y nosotros —le recordó irónicamente Paul, con una mueca burlona.

—Nosotros… Cielos, entre tantos sitios como hay en el mundo, ¿cómo fue posible venir a parar aquí, precisamente hoy?

—El destino traza senderos difícilmente comprensibles. Todos somos como juguetes en sus manos. Esto es como un capricho suyo. Una jugarreta malévola, lo admito. Pero insisto en algo: no vendrá la policía. Nadie la llamará. ¿Te has fijado en algo? Este edificio no tiene teléfono alguno.

—Cierto… Pero existen otros medios. Pueden salir a la carretera, llamar a una patrulla o avisar a un automovilista…

—Tampoco lo creo —rechazó gravemente Paul—. Te dije que no lo harían, y creo estar en el secreto de sus razones para no desear la presencia de policías en esta casa.

—¿Qué es lo que sabes tú, Paul?

—Tal vez nada. Pero observo, me fijo en las personas. Para todos ellos, esto es como un desafío. Beaumont quiere tenerlos reunidos aquí. Sé, por él mismo, que tres invitados son supervivientes de la famosa matanza de hace cinco años. Los otros tres… son familia más o menos directa de quienes entonces murieron aquí violentamente. ¿Vas dándote cuenta? Todos han aceptado tácitamente las regias del extraño juego. Acudieron a la invitación, aun a sabiendas de que sería una especie de grand-guignol sangriento… con ellos de protagonistas. Un reto a un asesino. A un monstruo. El que es capaz de matar a seis personas, lo mismo hará con doce… Beaumont lo sabe. Y también los demás. Cinco, de ellos quieren saber dónde llegará todo. Bueno, digamos que ya sólo cuatro… Y uno… uno tiene especialísimo interés en llegar hasta el fin, con todas sus consecuencias.

—¿Quién?

—El asesino. El que mató a seis personas hace cinco años… y ahora ha asesinado ya a la primera de un nuevo juego sangriento.

—¿Peter Eider?

—¿Eider? —Soltó Paul una carcajada—. Oh, el rubio caballero de la barbita, el fantasmal esqueleto que nos acechaba al llegar, ocultándose entre los setos… Bueno, le llamó en realidad asesino…

y él lo aceptó risueñamente, desafiándole a que lo probara.

—Eso demuestra que lo es, ¿no es cierto, Paul?

—No. Eso sólo demuestra que acepta las reglas del juego con estoica deportividad. Sabe que es un sospechoso. Uno más, entre tantos otros. Desafía a Beaumont, como éste le desafía a él. Puede ser inocente o culpable, eso es diferente. Pero estoy seguro de que nuestro correcto y aristocrático anfitrión, piensa la misma cosa de cada uno de sus huéspedes, y les acusa a todos por igual, llegado el caso. En este momento, Peter Eider es tan sospechoso para él, como puede serlo la morena y extraña Delphi Lawson, que aún no llegó a la fiesta, según él… o la rubia y delicada Erika Siodmak, superviviente ya de otra reunión semejante, hace cinco años.

Hubo un profundo silencio entre ambos, cuando hubo terminado Paul su descripción personal de los hechos. Yvonne reflexionaba con la cabeza baja, la mirada perdida en el vacío, acaso preguntándose dónde terminaba lo lógico y dónde empezaba lo absurdo, en aquel disparatado juego de inocentes y culpables que se traía Beaumont con sus invitados, en la noche inclemente del Mardi-grass.

—Paul, aunque no llamen a la policía, aunque pienses que esto significa para nosotros unas horas de impunidad, de espera, de paréntesis, o como quieras llamarlo, ¿crees que merece la pena arriesgar tanto a una carta? No sé si será peor seguir huyendo allá afuera… o esperar aquí a ese juego de locos que puede terminar con la muerte súbita de cualquiera de nosotros. Sí. Incluso de ti o de mí, Paul, que en estos momentos, queramos o no, formamos parte del Mardi-grass de Cementery Mansión.

Paul la miró en silencio. Luego, asintió despacio con gesto grave…

—Sí, Yvonne. Tienes razón. No voy a llevarte la contraria en eso. Pero creo que, en nuestras circunstancias, y siendo ajenos a esta pandilla de locos, estamos más seguros aquí que en ninguna otra parte. Insisto en que no llamarán a la policía. Entre otras cosas, querida, porque…

—Porque yo soy la policía —concluyó rotundamente una fuerte voz varonil a sus espaldas.

* * *

—Adam Landau, de la División de Homicidios de Nueva Orleáns, para ser exactos.

La aclaración del hombre de la recia voz, hizo palidecer profundamente a Yvonne. Buscó en vano la mirada de Paul. Él no la contemplaba a ella. Estaba estudiando todavía al recién llegado. Éste, ancho y fornido como una mole, se mantenía frente a ellos, dura su mirada, pero risueña la sonrisa de su ancha boca.

—Homicidios —silbó Paul entre dientes, dominando perfectamente sus emociones—. Vaya, llega como llovido del cielo. Ha habido un muerto en esta fiesta…

—¿De veras? —Bostezó antes de soltar una risotada—. Vaya, entonces aún llego a tiempo, amigos. Sólo me perdí el principio de la fiesta.

—¿La fiesta? —Musitó apagadamente Yvonne—. ¿Puede llamarlo así? Estamos hablando en serio. Hay un muerto. Acuchillado. ¡Es un crimen!

—Lo supongo. Siempre que acuchillan a alguien, acostumbra ser un crimen. ¿A quién le tocó el turno?

—James Briscoe —informó Paul, sin desviar sus ojos del hombretón.

—Briscoe… —Pareció algo sorprendido el que dijera ser policía —. El hermano del gran Basil…

—Sí, el mismo. ¿Quién esperaba que fuese?

—No sé… Cualquiera. Pero supongo que el orden importa poco. Todos tenemos que morir esta noche. —Y lo dijo como quien avisa de que cuantos le escuchan han de asistir al próximo encuentro de béisbol.

Yvonne y Paul cambiaron una mirada. Una más en aquella noche obsesiva, de auténtica pesadilla. Y, sobre todo, de total disparate. La gente parecía absurda, loca, desquiciada. Como si vivir o morir significara lo mismo. Como si ser culpable, inocente… o víctima tuviera igual sentido que en un ingenuo, infantil juego de prendas.

El hombre terminó de aclararles ahora conceptos con una risotada:

—Bueno, deben entenderme… He sido policía durante quince años. Dejé de serlo hace tiempo. Todo por un fracaso. Un gran fracaso profesional. Yo… yo, Adam Landau, teniente de policía de

la División de Homicidios, hace cinco años fui incapaz de descubrir quién mató a mi sobrina, Rosalind, en la gran matanza de aquella maldita noche. Juré retirarme del cuerpo si no daba con el culpable, con su maldito motivo para aquel baño de sangre horrible. Y aquí me tienen. Retirado del cuerpo de policía de la muy honorable ciudad de Nueva Orleáns, muchachos. Por el fracaso imborrable de aquella vez. Si no sirvo para dar caza a quien mató a mi más querida sobrina, ¿para qué serviría yo, maldito sea?

—Rosalind Landau… —evocó Yvonne, con perplejidad—. Era una famosa modelo, una joven maniquí de gran porvenir, ahora lo recuerdo…

—Sí, la misma —asintió apagadamente el hombretón ahora. Su duro gesto se suavizó, al entornar los ojos melancólicamente—. Rosalind, pobre criatura… ¿Por qué tuvieron que hacerle eso a ella? ¿Por qué? Es algo que no entendí jamás. Ni quizá tampoco el propio asesino. Creo que está loco.

—¿El asesino?

—Sí. Rematadamente loco. Un desequilibrado cruel y peligroso —caminó unos pasos, mientras parecía hablar consigo mismo más que con ellos dos, por el anticuado salón con olor a rancio—. Sólo así se explica… Cuatro muertes. Cuatro personas sacrificadas brutalmente. Sin sentido. Sin un móvil, sin una razón para ello. Un carnaval sangriento, a beneficio de un maníaco que gozaba con la sangre. Si no hubiera muerto… Si no hubiera muerto él, yo diría que todo fue imaginación suya.

—¿De quién, señor Landau? —preguntó Paul, pensativo.

—De Basil, por supuesto. Basil Briscoe, el hombre que soñaba orgías de sangre para sus cuadros demoníacos. Pero no. El pobre Basil también… también cayó. Colgado ahí, de una de las grandes arañas de cristal de esta maldita mansión manchada de sangre inocente…

Yvonne se estremeció, mirando de soslayo una de las lámparas que colgaban del alto techo con artesonados clásicos de la arquitectura francesa, Ahora había polvo y telarañas en ellas, y nadie las había encendido. Sólo los apliques de los muros daban luz a la sala. Se horrorizó al imaginar un cuerpo colgado de una de ellas, pendulando siniestramente, entre luces, risas y disfraces del Mardi-grass.

—Usted dijo antes que no llamarán a la policía —recordó Paul, ceñudo—. ¿Por qué? Se ha cometido va otro crimen en esta casa. Creo que es el momento de que investiguen oficialmente lo que está ocurriendo aquí de nuevo.

—No. No llamarán a la policía, de eso estoy seguro —rió entre dientes Landau, clavando ahora sus ojos en Paul—. Dejarán que todo llegue a su punto culminante, señor. Conozco muy bien a Claude Beaumont. Y si nos ha citado aquí esta noche nuevamente, es precisamente para que suceda lo que tiene que suceder.

—Supongamos que sucede… «lo que tiene que suceder» —suspiró Lane—. ¿Quién impedirá que si él no llama a la ley, lo haga algún otro de ustedes?

—Nosotros no lo haremos tampoco —murmuró Landau, con extraño tono.

—¿Prefieren morir estúpidamente aquí, a manos de un loco o de quien sea? Eso no tiene ningún sentido, señor Landau. Hemos visto ya a un hombre muerto: James Briscoe.

—De modo que él abre la nueva serie…

—Usted lo está diciendo ahora: la nueva serie. ¿Piensan cruzarse de brazos esperando a que la serie continúe… hasta volver a empapar de sangre este lugar, esta casa toda?

—Es inevitable que ocurra así. No podemos hacer nada, señor —le estudió curiosamente, como si de pronto descubriera que algo no marchaba bien en un mecanismo que se suponía había de funcionar de un modo concreto—. Por cierto, ¿quiénes son ustedes dos? ¿De dónde vinieron? No forman parte de todo esto.

—No, no formamos parte del juego —convino fríamente Paul Lane—. Ni queremos llegar a entrar en él jamás. Hemos sufrido un accidente de automóvil dentro de esta finca, y nos vimos obligados a quedarnos, ya que tomamos por error uno de los caminos privados e Cementery Mansión. Pero, ciertamente, si nos fuese posible reparar la avería de nuestro coche, o telefonear a alguien para que viniera a recogemos, junto con el vehículo, lo haríamos muy gustosos, dejándoles a todos ustedes en su bonito juego de los asesinatos.

—Le va a ser difícil conseguir eso, señor…

—Lane. PauI Lane —se apresuró a responder él—. La señorita es Yvonne Leroux, amiga mía y compañera de infortunio esta noche.

—Bien, señor Lane. Le decía que no será nada fácil salir ahora de aquí. Este lugar está muy poco frecuentado, pese a su vecindad con Nueva Orleáns, carece por completo de teléfono, y hasta el punto habitado más próximo hay cosa de tres o cuatro millas. Demasiado para recorrerlo a pie en una noche como ésta.

—Supongo que ustedes habrán venido con vehículos. Alguien podría llevamos —comentó Paul, fingiendo no advertir la mirada de extrañeza e inquietud que le dirigía Yvonne, desde detrás del ex policía.

—No, nadie lo hará —rechazó ásperamente Landau, moviéndose hacia el fondo de la sala, donde se abría una puerta a otras estancias de la casa—. Absolutamente nadie se moverá esta noche de aquí, puedo asegurárselo. Sabemos a lo que hemos venido. Y nos quedaremos a proseguir el juego, nos guste o no.

—El juego dé la muerte, diría yo.

—Sí, tal vez —rió entre dientes el que fuera oficial de Homicidios pocos años atrás—. Pero sabemos que tiene un solo objeto: que alguien pague lo que hizo entonces, Alguien a quien la ley no ha logrado aprehender aún. Claude Beaumont le ha montado su trampa mortal y el asesino ha caído en ella voluntariamente.

—¿El asesino? —Paul se encogió de hombros—. Yo diría que son los demás quienes han caído en una trampa. Él volverá a matar como entonces. Ya ha comenzado de nuevo.

—Pero al final caerá. Esta vez caerá, señor Lane, cueste lo que cueste, caigamos cuantos caigamos —había un brillo casi fanático en los ojos del ex policía—. Esa esperanza nos ha mantenido aguardando todos estos años que se descubriese alguna vez el misterio de Cementery Mansión. Esa esperanza nos ha reunido aquí, a la llamada de Claude Beaumont. Y esa esperanza nos tiene sujetos a estos muros, a la espera de lo que suceda. En guardia todos, confiando en que la racha se rompa, y el criminal dé un paso en falso. Uno solo.

—¿Y si no llegase a darlo, señor Landau? —sugirió secamente Paul Lane.

—En ese caso, señor Lane, se repetirá la matanza. Hasta el fin. Porque todo tiene un final. El asesino se quedaría solo. Y triunfador. Pero eso no puede suceder, siempre existe un límite para todo. Sólo con que queden él y otra persona, la inocente sabrá quién mató a

todos, por la sencilla razón de que ella no será culpable. Justo en ese momento, el inocente que sobreviva… matará al culpable con sus propias manos.

Hubo un silencio. Yvonne y Paul cambiaron una mirada rápida.

—Eso es asegurar mucho —objetó él—. ¿Y si no es capaz de ello?

—Será capaz —afirmó rotundamente Landau—. Cualquiera de nosotros, hasta el más débil, lo haría así.

—Está muy seguro de lo que podría hacer cualquier persona. ¿No es eso ir demasiado lejos en sus especulaciones, señor Landau?

—No. No son especulaciones, amigo mío —sonrió fríamente el antiguo policía—. Estamos juramentados. Todos.

—¿Juramentados? —Inquirió Yvonne, acercándose a Landau—. Vaya, aquí va una conociendo cosas nuevas a cada momento que pasa. Es como una sorpresa continua. ¿De qué se trata eso, con exactitud?

—Celebro que acepte todas estas cosas tan extraordinarias y sorprendentes, sin inmutarse en exceso, señorita… señorita Beaumont —sonrió Landau, cortés, inclinándose levemente ante la joven—. Lo que dije es justamente lo que parece: juramentados todos. Prometimos solemnemente, por nosotros mismos, y por la memoria de los que murieron aquí aquella noche, no detenernos ante nada, no olvidar nunca, no perdonar jamás… hasta que el asesino cayera sin vida ante nosotros. El juramento persiste, Beaumont se ha limitado a damos hoy la gran oportunidad de cumplirlo.

—O de morir.

—O de morir, señor Lane —aceptó fríamente su interlocutor, encogiéndose de hombros. Su sonrisa fue como una fría aceptación de lo inevitable—. Todo tiene un precio en la vida. El de nuestra justicia, venganza o como quiera llamarlo, es la muerte propia. Aceptamos ese precio. Y seguimos adelante. Todos.

—Todos… ¿Cuántos, exactamente?

—Seis, que yo sepa tres familiares de personas muertas entonces. Y tres supervivientes de la matanza. Naturalmente, de esos seis digamos que sólo me refiero a… cinco. Cinco, y Claude Beaumont, nuestro anfitrión. El otro es el asesino.

—Uno de ustedes… —Yvonne se mostró impresionada—. Parece

muy seguro de eso.

—Lo estoy —suspiró Landau. Afirmó rotundo, con su ancha y sólida cabeza—. Sí, lo estoy… Todos lo estamos. Y él… o ella… lo sabe.

—De modo que se confunden cinco vengadores y un criminal.

—Cuatro —rectificó con frialdad Lane—. Sólo cuatro, querida. Recuerda que ya falta una pieza humana en el juego.

—Cierto —admitió Landau—. James Briscoe… Quedamos cinco invitados vivos: Delphi Lawson, Erika Siodmak, Peter Eider, Roger Desny… y yo.

—Y Beaumont, claro —sonrió con extraña expresión Paul Lane.

—Y Beaumont, por supuesto —aceptó con frialdad también el ex policía Adam Landau.

—¿Por qué descartarle a él como sospechoso? —Intervino Yvonne, devorada por una malsana y casi morbosa curiosidad, prendida ya como mujer y como testigo presencial en aquella alucinante tela de araña del siniestro juego de un puñado de seres, que más parecían dementes sin remedio que personas normales y equilibradas—. ¿Por qué no incluir al anfitrión entre, los posibles culpables, señor Landau?

—Muy sencillo: porque Claude Beaumont no puede ser el asesino. No lo es.

—¿Alguna razón de peso? —sugirió Lane, ceñudo.

—Sí. Una. Una sola y contundente, señor Lane, Claude Beaumont…

No terminó su explicación. Una vez más, una interrupción dramática alteró la situación y provocó el inevitable grito de terror en la garganta de Yvonne Leroux.

Landau ahogó las palabras en su garganta, cuando las luces se apagaron todas, dejando la sala sumida en profundas tinieblas, y una aguda, siniestra carcajada, retumbó en alguna parte, emitida por unos labios que parecían endemoniados.

Simultáneamente, hubo una detonación de arma de fuego en alguna parte… y un agudo grito de mujer.

—Erika Siodmak, sin duda alguna —suspiró Paul Lane en la oscuridad—. ¿Qué habrá sucedido ahora?

CAPÍTULO IV

El apagón duró escasamente un par de segundos. El tiempo justo para escuchar aquella escalofriante risa, el disparo y el grito.

Volvió la claridad tan bruscamente como se fuera, y Landau se precipitó a la carrera hacia la puerta del fondo. Paul vio en su mano un revólver de corto cañón, color acero gris, casi azulado. Lo amartillaba, sin muchas contemplaciones, y su rudo gesto hacía resaltar más aún la firmeza de sus anchas mandíbulas.

Paul se quedó atrás, sujetando a Yvonne por una mano, con firmeza. Ella le miró fijamente.

—No temas —murmuró ella—. Ya no me asusto tan fácilmente. Esto es como una costumbre. No puede aterrorizarme nada de lo que suceda en este lugar, Paul.

—No estés tan segura de ello —refunfuñó su compañero, tirando de ella con energía—. Este lugar es un mundo de locos, de desequilibrados, movidos por algo que no entiendo. Viven sólo para su venganza. Y uno de ellos, sólo para matar… Dios quiera que esto no termine peor aún que la otra vez…

Salieron de aquella amplia sala, encontrándose en un largo corredor, por el que Landau se perdía a la carrera, bajo las luces de los apliques murales, sin dejar de esgrimir su revólver ominosamente. Su voz tronó con potencia:

—¿Qué sucede? ¿Quién ha disparado? ¡Vamos, respondan!

El corredor terminaba en una galería rectangular, asomada sobre una especie de amplio salón, propio de otra época, donde podían darse bailes ceremoniosos. Casi se podía echar de menos la presencia de miriñaques, blancas pelucas empolvadas, y ricas casacas bordadas en oro. Todo allí era decadente y rancio. Como si Cementery Mansión fuera un lugar anclado en el tiempo, detenido en el pasado. Un pasado que ahora sólo significaba cinco años de

espera, cinco años de preguntas sin respuesta, de recuerdos horribles…

Landau asomó a la barandilla. También Paul e Yvonne, situados más atrás.

Abajo descubrieron, sorprendidos, la larga mesa repleta de candelabros con luz eléctrica. Ricas vajillas y cubiertos de plata brillaban a la claridad. Había siete platos y siete asientos. Claude Beaumont, erguido, ceremonioso, con una aristocracia demodé, pero indudablemente digna y altiva, presidía la mesa en solitario.

—Por Dios, Landau, siempre tan rudo, tan violento. Deje sus armas ahora y baje aquí, por favor. La mesa espera, y nuestra fiesta apenas si ha comenzado. No creo que una muerte y unos cuantos incidentes tontos le hagan perder el apetito. Quisiera comenzar puntualmente la cena. Faltan diez minutos para las diez. Y en Cementery Mansión siempre se cenó a las diez, como ustedes saben.

—Sí, siempre —gruñó Landau, arrugando el ceño. Incluso aquella noche de Mardi-grass.

—Exacto —aceptó Beaumont, apaciblemente—. Incluso aquella noche, amigo mío. Por cierto, sobra un cubierto en esta mesa. Pero paradójicamente, y si ese disparo y ese grito no han significada otra baja en nuestro grupo, falta uno. Por tanto, haré poner otro cubierto para ustedes dos, señor Lane.

—No, gracias —rechazó Paul—. Nosotros no somos sus invitados. No formamos parte del… del juego.

—Claro que no. Pero son testigos de excepción del mismo. Y por ese solo hecho, ya pasan a ser piezas, protagonistas directos del mismo —sonrió volublemente al añadir—: ¿O han pensado alguna vez que el asesino, por el hecho de que sean ajenos a nuestro grupo, va a respetar acaso su vida o la de la señorita Leroux?

—¿Eso quiere decir…?

—Eso quiere decir, señor Lane, que si antes no matamos, uno de nosotros, el asesino, usted y su bella compañera formarán parte de la lista de sus víctimas —fue la conclusión rotunda a que llegó Landau, volviéndose hacia ellos.

Yvonne palideció ligeramente, aunque se mantuvo serena. Paul Lane resopló entre dientes.

—Si —admitió, con voz ronca—. Ya me temía yo algo así. Bien, señores. Hemos tomado una decisión concreta: nos marchamos de

esta fiesta, lamentando haberles molestado todo este tiempo con nuestra presencia.

Y tomando con energía a Yvonne por un brazo, Lane se encaminó rápida y resueltamente hacia el corredor, para abandonar la casa.

Abajo, la voz de Beaumont siguió siendo la fría y educada de un hombre de alcurnia, incapaz de emocionarse por nada de cuanto sucediera a su alrededor.

—Lo lamento por ustedes, mis jóvenes amigos, pero toman su decisión demasiado tarde. Ya no pueden salir de esta casa bajo ningún pretexto. De veras lo siento.

—¿Eh? —Lane giró fa cabeza, mirando preocupado al anfitrión de la extraña velada—. ¿Qué quiere decir con eso? Ni siquiera con la violencia van a obligarme a quedarme aquí un minuto más, señor Beaumont.

—¿Violencia? —Suspiró el anfitrión—. ¿Quién habla de violencia, señor Lane? Por Dios, usted viene de un mundo en el que evidentemente la lucha y el choque forman parte de la existencia cotidiana, y todo lo resuelve por la fuerza… No, nadie va a oponerles violencia alguna a sus intenciones. Sencillamente, es que no pueden salir. Les sería materialmente imposible hacerlo, compréndanlo.

—No, no lo comprendo —se impacientó Paul Lane—. ¿Quién puede evitarlo?

—Nadie. Ustedes mismos han de renunciar a ello por razones puramente físicas. Cuando esa luz se apagó, marcó el momento en el que ya nadie, bajo pretexto alguno, puede salir o entrar en esta finca. La casa en sí, y un pequeño patio interior que no tiene salida alguna al exterior, están ya bloqueados irremisiblemente.

—¿Bloqueados?

—Sí, mi querido amigo. Una corriente de alta tensión recorre puertas, ventanas de salida y cuanto significa un punto de evasión. La tela metálica que cubre las ventanas, así como el metal de la puerta de acceso a la casa, y las vallas del patio, están electrificados. Intentar salir, significa la muerte. ¿Se dan cuenta ahora?

* * *

—La muerte…

Paul Lane repitió la palabra, mientras silenciosamente iban llegando invitados a la amplia sala convertida en comedor para tan extraña y sombría cena. En alguna parte, sonó repentinamente una suave melodía, que hizo dar un respingo a Yvonne. Beaumont sonrió.

—No tiene que preocuparse, señorita. Es un modo de amenizar la velada. Esto es una fiesta, no lo olviden.

—Una fiesta —susurró Yvonne—. Fiesta para morir, señor Beaumont.

—O para vivir. Todo depende de quién gane la partida. Nosotros o él.

"El asesino", pensó Lane. Miró a su alrededor. Peter Eider, con su desagradable disfraz de esqueleto, al que sólo faltaba ahora la caperuza de calavera… La rubia e impresionable Erika Siodmak, que mostraba su palidez y sus grandes ojos muy abiertos… Venía con expresión de terror, como si hubiera visto algo desagradable, pero nadie le preguntó qué pudo ser, pese a que un grito, un disparo y una carcajada, seguían sin explicación aparente.

Landau también tomó asiento, al fin. Luego, Beaumont miró los lugares desiertos, frunciendo el ceño.

—Faltan Delphi y Roger. ¿Dónde están?

—No los he visto aún —señaló el rubio Peter Eider, acariciándose su barbita—. Tal vez ya estén muertos.

—Tal vez —admitió Beaumont, con una frialdad aterradora. Miró a Paul—. Por favor, señor Lane, tome de ese trinchante un plato más, con su correspondiente cubierto, servilleta y copa para el vino… Deberá disculpar el servicio, pero no era una reunión como para invitar también a criados y servidumbre, compréndalo. Desentonarían aquí. Y aumentarían inevitablemente la lista de posibles víctimas para el asesino.

—Comprendo.

Paul hizo un gesto de asentimiento a Yvonne, y puso lo indicado, haciendo un hueco en la bien servida mesa, allí donde se hubiera debido sentar el único ausente que había perdido la vida con seguridad absoluta, James Briscoe.

—¿Y la cena, Beaumont? —Preguntó Landau—. ¿Quién la servirá?

—No requiere mucho esfuerzo —consultó su reloj—. A las diez en punto, personalmente me ocuparé de servirles comida y bebida, amigos míos.

Yvonne se sentó en silencio. Antes de hacerlo Paul, se acercó a Erika Siodmak y le hizo una suave pregunta en tono bajo:

—¿Por qué gritó usted? ¿Qué ha ocurrido, al apagarse las luces?

Erika le miró con cierto sobresalto. Luego, se encogió de hombros.

—Me asustó la risa de Delphi. Es demoníaca. Como ella misma.

—¿Delphi reía? —Paul pensó lo desagradable que debía ser ver soltar semejante carcajada a la Dama Sangrienta que vieran en la carretera, cuando se inició aquella disparatada aventura, en un reducido mundo de terror como el que les oprimía en estos momentos en los polvorientos muros de la vieja casona francesa—. ¿Por qué, señorita Siodmak? ¿Por qué reía Delphi?

—Le divertía ver a aquellos hombres, contemplando el cadáver del pobre James. Alguien lo ha puesto en el vestíbulo, sobre el sofá… y da un efecto terrible a quien no espera encontrar algo semejante.

—¿Hombres? ¿Qué hombres? —arrugó el ceño Paul—. Creí que sólo faltaba uno aquí, ese tal Roger Desny…

—No, señor Lane —dijo una fría voz de mujer, a espaldas de los comensales—. Hay dos hombres más, invitados a la fiesta.

Yvonne emitió un grito terrible, al girarse y verse cara a cara con la Dama Sangrienta del terrible cuadro de Briscoe. Sus manos ya no estaban manchadas de sangre, pero sí sus vestidos, Y éstos eran tan negros como sus largos cabellos sedosos, haciendo más agudo el contraste casi tétrico con su blanca piel. Los ojos ardientes se fijaban burlonamente en ellos, como si algo le divirtiera mucho.

Pero lo que realmente asustó a Paul Lane cuando giró su rostro hacia aquella inquietante dama que parecía conocer tan perfectamente su nombre, fue ver tras ella, entrando torpe y aturdidamente en la sala, a dos hombres que no esperaba en modo alguno ver allí.

Dos hombres que se habían parado, con sobresalto, ante la escena del comedor señorial, como si no supieran qué hacer a partir de ese momento.

—¡David… y John Blythe! —Jadeó PauI Lane, perdiendo parte

de su habitual serenidad y sangre fría—. ¡Son ellos, Yvonne!

En ese preciso instante, ya aquéllos habían descubierto la presencia de ambos jóvenes en la mesa. Y fue el más joven de la pareja de inesperados huéspedes quien avanzó rápido señalándoles a ellos con energía, y gritando con voz aguda:

—¡Ahí están! ¡Paul Lane y ella, Yvonne Leroux! ¡Ladrones y asesinos! ¡Deténganlos! ¡Son dos criminales, fugitivos de la justicia! ¡Blythe, usted arreste a ambos! —ordenó al hombre fornido, pelirrojo y de frondoso bigote que le acompañaba—. ¡Hágalo, en nombre de la ley!

Los demás invitados miraron indiferentes al exaltado joven de congestionado rostro y palabras acusadoras. Claude Beaumont mantuvo su serenidad incluso al incorporarse y decir con voz solemne:

—Caballeros, por favor, no escandalicen. Sé perfectamente que ellos son quienes usted dice… y sé que llevan consigo doscientos mil dólares, fruto de ese crimen que han mencionado. Pero todo eso no es razón para que alteren nuestra velada tan groseramente, por favor.

Paul Lane contempló con inmenso estupor a Beaumont, sin acabar de comprender nada de cuanto sucedía en aquella mansión de locos.

CAPÍTULO V

—Usted lo sabía… Lo sabía todo… y me pregunto todavía cómo pudo saberlo…

Beaumont sonrió sin inmutarse. Su mirada recorrió la larga mesa, donde ahora existían ya diez servicios de comedor, con sus respectivas raciones de comida y vino, ya a medio consumir. Diez invitados, de los cuales los últimos en sentarse habían sido precisamente los dos intrusos de última hora… y Roger Desny.

PauI Lane miraba muy fijo a Claude Beaumont, al hablarle en voz baja de esa cuestión. El anfitrión se limitó a asentir despacio con su cabeza, y responder apaciblemente:

—Mi querido señor Lane, acostumbro a interesarme siempre por quienes son mis huéspedes, aunque, por supuesto, jamás me meta en sus asuntos privados. Ése es un problema ajeno, y denotaría un pésimo gusto mezclarse en él.

—Pero usted ha citado ese dinero… y no le ha sorprendido la presencia de esos dos hombres que nos acusan.

—A mí me sorprendió desde un principio que usted, pese al clima poco grato y tranquilizador que respiraba nuestra mansión, se quedase aquí con su amiga, en vez de tomar su averiado coche y alejarse lo más rápidamente posible del lugar. Uní ese hecho a la circunstancia de haber visto su rostro en alguna parte, y repasé el archivo de mi memoria. Recordé lo que últimamente había sucedido en Baton Rouge, con la muerte de un viejo truhán y la desaparición de doscientos mil dólares, y até cabos. Por otro lado, se decía que un hombre y una mujer eran buscados como presuntos sospechoso de crimen, así como del robo del dinero, y ya sólo me faltó revisar su coche mientras ustedes entraban en la casa y recorrían esto…

—¡Revisó nuestro coche! —Se sobresaltó Paul, impresionado.

—Lo lamento. Quería hacerlo para salir de dudas… —sonrió—. Pero puede estar seguro de que no he tocado un solo dólar. Todo sigue tal como ustedes lo dejaron. El dinero no me preocupa. Tengo más del que hubiera podido gastar en toda mi vida… aun sin existir esta reunión en la que pueda dejar de existir en cualquier momento, asesinado por uno de mis invitados. Por supuesto, tampoco tenía por qué avisar a la policía ni a nadie, de su presencia en mi casa. Ése era estrictamente problema de ustedes dos.

—Y aun admitiendo que pudiéramos ser dos asesinos, ¿usted toleró que nos quedáramos en su velada?

—¿Por qué no? —Rió entre dientes el anfitrión—. Por muy criminales que fuesen ustedes dos, no podían ser peores que el que tenemos aquí entre nosotros esta noche, dispuesto a quedarse solo, rodeado de sangre y de cadáveres, si le damos ocasión para ello.

—Luego, han llegado ellos —señaló Paul hacia los dos hombres que llegaran a última hora—. David Ashton y John Blythe… ¿Sabe quiénes son ellos?

—Claro. David Ashton es el sobrino del granuja de Eric Ashton, muerto en Baton Rouge, y desplumado de sus doscientos mil dólares en efectivo, producto de sus rapiñas. El otro caballero es un detective privado de Baton Rouge, armado y con licencia, que antes fuera capitán de la policía de esa ciudad. Van tras de ustedes, lo mismo que la policía de Louisiana, desde que Eric Ashton apareció asesinado, señor Lane. Como ve, conozco bien todos los detalles.

—Hay uno que desconoce totalmente —suspiró Lane.

—¿Cuál, mi querido amigo?

—Que Yvonne y yo… somos inocentes de ese crimen.

Hubo una breve pausa. Beaumont tomó un sorbo de vino. Se enjugó los labios con una pulcra servilleta bordada.

—Lo sé —dijo—. Lo sé muy bien.

* * *

Habían llegado a los postres. Una deliciosa y suave tarta, que sirvió para compensar el fuerte alimento de la carne bien condimentada. El champaña regó el final de la cena, como antes lo hiciera el buen vino tinto francés. Beaumont, evidentemente, era un excelente *gourmet*.

—Bien, amigos míos… —Beaumont contempló uno a uno a

todos los sentados a la mesa, tanto a los que formaban su grupo especial de invitados como a los cuatro advenedizo, a la fiesta de Mardi-grass, antes de proseguir con su calmoso tono habitual—: Estamos todos reunidos aquí. Hemos compartido una excelente mesa y tenemos ante nosotros toda una noche para dedicarla a dormir, leer, pasear por la casa, o hacer lo que nos venga en gana. Incluso se puede bailar o emborracharse. Depende de lo que cada uno quiera hacer. Tampoco soy muy puritano, de modo que si algún hombre y alguna mujer presente pensaran en vivir esta noche un romance más o menos erótico, allá ellos con sus cuestiones. Nada prohíbo ni nada me preocupa.

Paul Lane escuchaba atentamente a aquel hombre que, con la mayor sencillez del mundo, le había confesado, durante la extraña cena, que sabía todo respecto a ellos, y que aun así les admitía en su mesa sin objeción, y les aceptaba en el dudoso refugio que su casa significaba. Bajo el mismo techo, ahora, que sus mortales enemigos, el joven Ashton y su policía a sueldo.

Y lo que era más curioso aún: Beaumont parecía admitir de buen grado, sin sorprenderse siquiera, ni revelar tampoco incredulidad o escepticismo, la inocencia de él y de Yvonne en el crimen de Baton Rouge.

Mientras Beaumont iniciaba de nuevo su parlamento, Paul dirigió una mirada de soslayo al personaje de la mesa a quien menos conocía: Roger Desny, el último invitado llegado.

Desny era un hombre singular, sin duda alguna. Todo un tipo, a juicio de Paul Lane.

Alto, increíblemente alto y desgarbado, tenía un cráneo oval, escaso de cabellos, ganchuda nariz aguileña, y un rostro largo y caballuno. Sus ojos eran claros y resultaba obvio que había usado gafas, por la huella dejada en su nariz, a ambos lados, aunque ahora habíase decidido por las lentillas de contacto, para no utilizar el molesto sistema que compensara su miopía.

Vestía con descuido, y lucía una corbata ancha, de chillones colores. A pesar de todo eso, parecía un tipo observador e inteligente. Hablaba poco y parecía absorto en sus propios pensamientos.

—Señores —estaba diciendo ahora Beaumont, con tono seco—. La cena ha terminado, y yo voy a ser también muy breve para

exponerles ciertos puntos, antes de que les desee a todos buenas noches, y mejor suerte, para la visita del asesino.

—¿Asesino? —John Blythe, el pelirrojo detective, se irguió en su asiento, preocupado—. ¿A quién se refiere? ¿A Lane?

—No, señor —negó lentamente Beaumont—. Yo no sé si el señor Lane será un asesino o no. Lo que sí puedo asegurarles es que tenemos un asesino entre nosotros, mil veces peor que pudiera serlo el señor Lane, si realmente fuese un asesino, o cualquier otro conocido. Un asesino que no tendrá piedad de ninguno de nosotros, llegado el momento, porque sabe que éste es un juego de muerte, donde cada uno estamos intentando dar mate al enemigo, antes de que él nos lo dé a nosotros. Ha sido una mala fortuna para ustedes cuatro, haber venido a parar aquí esta noche, señores. Sin ser parte en la cuestión, se ven obligados a participar en ella, porque la casa está totalmente aislada, electrificada con alto voltaje que mataría inmediatamente a quien pretendiera evadirse… y la energía eléctrica que mueve esa red de tensión mortal, procede de un generador que no se agotará en menos de diez horas. Es decir, que será ya pleno día cuando los supervivientes, si los hay, podrán salir de esta casa sin problemas, y regresar al mundo exterior.

—Todo eso no tiene sentido, señor —protestó airadamente David Ashton, incorporándose—. Su obligación de ciudadano era permitirnos entrar, aprehender a PauI Lane y a Yvonne Leroux por homicidio, sin obligarnos a permanecer aquí encerrados, en tan ridícula velada.

—Les aseguro que lo que menos pueda tener nuestra velada es de ridícula —rió Beaumont, burlonamente—. En cuanto a mis obligaciones, no tengo por qué discutirlo. Mientras ustedes estén bajo mi techo, serán unos extraños que sólo por mi deber de hospitalidad, serán, tratados cortésmente, aunque no podrán aprehender a nadie, ni usar sus armas contra otra persona que no sea… el asesino.

—Esto es absurdo —estalló, con disgusto, el detective Blythe—. Absurdo y estúpido, señores. Hemos entrado en pos de la pista de Paul Lane y su chica… y ha sido como encerrarnos en un cepo. La puerta se ajustó, se apagaron las luces, y esa maldita electrificación comenzó a funcionar. ¿No pudo esperar un poco más, o cuando menos, desconectar la línea eléctrica el tiempo suficiente para

permitimos abandonar sanos y salvos esta casa, con nuestros prisioneros?

—Lo lamento, señores. No es cuestión mía permitirles salir o prohibírselo. Éste es un juego que tiene sus reglas fijas, y que ustedes vinieron a interrumpir con su presencia. No tengo culpa de que entraran en la casa con tan poca oportunidad, como tampoco la tengo que el señor Lane eligiera este lugar por aislado, como refugio para sí y su compañera. Lo cierto es que todo está instalado automáticamente, y funciona desde el exterior, conforme a un horario programado por mí mismo. Lo hice pensando en mi propia debilidad como ser humano. No quería cometer el error de arrepentirme por algo y dar esto por terminado, o intentar yo mismo huir de mi propia trampa. Y resolví que fuese imposible manipular la red de alta tensión desde aquí.

—¿Y cortando el suministro de luz eléctrica? —terció David Ashton—. Provocando un cortocircuito, tal vez.

—No sucedería nada. La línea de alta tensión es ajena a la de la casa, y viene del exterior. Aunque no queramos, estamos forzados a permanecer aquí toda la noche. Quiero que se den perfecta cuenta de eso, así como del hecho de que simplemente abrir una ventana y tratar de forzar la red metálica, o manipular en la puerta de salida, significa la muerte inmediata por electrocución.

Siguió un pesado, profundo silencio. Los asistentes se miraron entre sí, inquietos. Pero ninguno de los invitados se mostró rebelde o disgustado por esa serie de medidas. Aceptaban su encierro, con todas sus consecuencias. Eso era evidente.

Sólo ellos dos y sus perseguidores se mostraban en desacuerdo con la existencia de la trampa inexorable. Pero su destino les había conducido allí a enfrentarse en una atmósfera alucinante, donde todo parecía cambiar de forma y de significado. Ahora, súbitamente, un crimen en Baton Rouge, el robo de doscientos mil dólares, la posibilidad de ser capturados y condenados a la pena capital, cobraba una importancia mínima, como si no significara nada todo ello. Y el odio del joven David Ashton hacia los presuntos asesinos de su tío Eric, la férrea y obstinada energía del detective privado, dispuesto a reverdecer viejos laureles policiales, parecían sentimientos infantiles, al lado de los que debían de anidar íntimamente en aquella fantástica, extraña reunión de invitados, en

la mente de cada cual estaba la idea fija, obsesiva, de matar.

Matar, sí.

Porque salvar la vida, significaba matar. Cuatro de ellos querían matar a un asesino para librarse ellos mismos de la sentencia inapelable. ¿Cuatro? No. Cinco. Beaumont también entraba en el juego. Como anfitrión y como enemigo del oculto criminal.

Y para el último de ellos, para el anónimo ser, culpable ya de cinco asesinatos, matar lo era todo. Su obsesión, su placer, su goce morboso, delirante, de enfermo mental.

Un asesino loco.

Un monstruo ebrio de sangre, que no se detenía ante nada ni ante nadie. Un enfermo mental que precisamente por ello resultaba aún más astuto, más inteligente, más disimulado, bajo la apariencia de alguien perfectamente normal.

Y estaba allí. En la mesa. Era uno de ellos. Quizá su vecino de asiento, Adam Landau, antiguo policía de Homicidios. Quizá la rubia y asustadiza Erika. O Peter Eider, que aceptaba cínicamente la posibilidad de ser el asesino, O Delphi Lawson, disfrazada de Dama Sangrienta, sofisticada y maliciosa. O el caballuno, abstraído y singular Roger Desny…

Uno de ellos. Y se preguntó de nuevo: ¿Por qué no Beaumont? ¿Por qué precisamente él, estaba libre de sospechas para los demás? Landau iba a hablarle de eso cuando se apagaron las luces, por efecto de la descarga súbita de la línea de alta tensión. Cuando John Blythe entró en la casa disparando su arma, asustado al verse ante un cadáver acuchillado. Cuando Delphi Lawson emitió la carcajada burlona que pareció llegar de ultratumba…

—¿Espera que esto tenga éxito hoy, Claude?

La pregunta brusca procedía precisamente de Roger Desny. Había alzado su ovoide cráneo calvo, mirando a su anfitrión a través de las lentillas, con gesto ausente.

—Debe tenerlo —rió suavemente Beaumont—. Lo he medido todo antes de invitaros a esta velada.

—Supongo que también el asesino lo habrá medido antes de venir —era Adam Landau quien objetaba—. Si aceptó la invitación, es porque sabía, como todos nosotros, dónde se metía.

—Es posible. Contamos con ello, Landau. Todos nosotros.

—El asesino puede ganar de nuevo la batalla —apuntó Delphi,

con su singular voz ronca, profunda y cálida—. Como la ganó entonces, Claude.

—No —negó Beaumont—. Esta vez será diferente. Muy diferente. No hay victoria. Haga lo que haga, el asesino va a pagar. Ya me he cuidado de eso.

—Creo que esta vez está pasándose de listo, Beaumont —replicó Eider, encogiéndose de hombros—. Si nos asesina a todos, si se anticipa a nuestros planes, ¿cómo podría pagar? Sencillamente, al llegar el día, se interrumpirá la corriente eléctrica… y él saldría tranquilamente de aquí con sus manos tintas en sangre y la satisfacción del triunfo en su interior.

—El… o ella —apuntó débilmente Erika.

—¿Ella? —Delphi se revolvió como si la hubiera picado un áspid —. Eh, preciosa, ¿qué idea estúpida se te ha ocurrido? ¿Eso es una acusación contra raí? Sólo somos dos mujeres entre los invitados, recuerda. Si tú sugieres que el asesino es mujer, la cosa aparece clara, a menos que…

—A menos que Erika trate de desviar las sospechas de sí misma, si ella fuese culpable —rió entre dientes Peter Eider, acariciándose su rubia barbita—. Sería una astuta jugada de nuestra amiga.

—Dejaos de divagaciones —se irritó Roger Desny, mostrando disgusto en su cara caballada—. Dijo Beaumont que, de todos modos, el asesino pagaría sus culpas. Yo sigo preguntándome: ¿cómo? Si se queda solo, significará que se anticipó al último superviviente inocente, y le mató antes de ser muerto por el otro. ¿Quién diablos podrá castigarle entonces, una vez muertos todos nosotros?

—Yo —dijo sorprendentemente Beaumont.

—¿Tú? —Delphi le miró, escéptica. Su rostro pálido, anguloso, maquillado, además, con tonos blancos, casi cadavéricos, reveló incomprensión—. Eso no tiene sentido, amigo mío.

Claude Beaumont la contempló risueñamente. Su aristocrática arrogancia no se alteró en exceso cuando habló en réplica a Delphi:

—Lo tendrá cuando sepáis que en estos momentos el asesino está ya sentenciado. Mejor dicho, ha comenzado a morir.

Hubo un silencio. Alguien soltó una irritante, histérica carcajada. Todos miraron en esa dirección. Era Adam Landau quien reía.

—Inefable, mi querido Beaumont —ponderó con sarcasmo—. ¿Qué esperas con eso? ¿Que nuestro criminal se lo crea y confiese, así de repente? ¿O que se asuste, tal vez?

—Nada de eso —rechazó el anfitrión, altivamente—. No pretendo asustar a nadie. Pero insisto: el asesino va a morir. Ya ha comenzado a hacerlo, lenta e inexorablemente, Adam.

—Es ridículo —rechazó Eider—. Ni siquiera sabe o sospecha quién es el asesino. La carta de invitación está escrita sólo para impresionamos, y todos lo sabíamos al acudir. No hay medio de saber quién fue el criminal. ¿Cómo vamos a tragamos lo demás ahora?

—No pretendo que se traguen nada. Pueden creerlo o no. Me es indiferente. Pero lo cierto es que antes de que esta velada termine, yo habré matado al asesino.

—Eso ya lo he oído antes —bostezó Roger Desny—. No impresiona a nadie, la verdad.

—Ni lo pretendo tampoco. Han disfrutado todos de una buena cena. De un excelente vino y de un delicioso champaña. Me alegra que hayan sabido hacer los honores a mi invitación. En realidad, no vinieron por eso sino por jugárselo todo a una carta: su vida o la de él. Y él piensa lo mismo, pero a la inversa: es su ocasión de volver a sumergirse en un baño de sangre. Su momento propicio para gozar con su deporte favorito: el crimen. Después de todo, nos hemos reunido aquí con una común idea: darlo todo por perdido, Luchar a vida o muerte para salvamos nosotros. Pero también para hacer justicia sobre un monstruo. Para vengar una serie de muertes que a algunos de nosotros horrorizaron porque pudimos haber sido también sus víctimas. Y que a otros aún mantienen indignados, porque sus seres queridos lo pagaron.

—Sí. Como Norman Mi esposo… —Delphi Lawson bajó la cabeza. La luz brilló sobre sus sedosos cabellos negros, haciéndolos parecer casi azules—. Nos queríamos. Yo le amaba. Vosotros lo sabéis. Tiene que pagar.

El asesino tiene que pagar.

—Exacto. Tiene que pagar —suspiró Beaumont—. ¿Te importaría saber que a cambio de tu sacrificio personal, de tu propia muerte, Delphi, él encuentre la suya?

—¡No! En absoluto. —Los ojos de la Dama Sangrienta

relampaguearon—. Es más, Claude. Si supiera que era así, yo misma me daría muerte, complacida de saber que ese monstruo maldito me seguía al infierno.

—Mucho odias —suspiró Erika Siodmak.

—Tú odiarías igual en mi lugar… a menos que hubieras matado a tu propio esposo —acusó ella, airada—. Quizá lo hiciste, sí, dulce Erika. ¡Pero era mi esposo, no el tuyo!

—¿Y sólo por eso hemos de creer sinceramente que tú eres inocente de ello? —se mofó Erika, con gesto burlón.

Rápida, Delphi se irguió. De su mano escapó una copa, que se estrelló justo ante Erika, salpicando de vino tinto sus ropas ciaras. Fue como si aparecieran salpicaduras de sangre sobre ella.

—¡Víbora asquerosa! —Silabeó Delphi, centelleantes sus ojos, crispada su faz—… Tienes todo el aire de una ingenua, pero eres peor que una cobra.

—Vamos, vamos, serénense todos —cortó Beaumont, extendiendo ambas manos con gesto hosco—. Es impropio de ustedes llegar a esos extremos, Delphi, cálmate y escucha bien. Has reconocido que morirías a gusto con tal de que el asesino pagara con igual moneda.

—Y lo repito. Especialmente si el asesino fuera esa mosquita muerta.

—Ya basta de comentarios inútiles. Bien, Delphi… Comprendo tu modo de pensar. He llegado a la conclusión de que todos pensamos lo mismo… y me he tomado la libertad de obrar en nombre de todos nosotros, del único modo posible para estar seguros de que el asesino va a morir hoy, pagando así sus culpas de una vez por todas, haga lo que haga.

—¿Y cuál es ese modo? —se interesó desganadamente Roger Desny.

—El veneno —sonrió Beaumont.

—¿Veneno? —Landau enarcó las cejas, intrigado—. ¿Qué significa eso?

—Significa que en estos instantes, el asesino está envenenado. Y lo está, por una razón muy sencilla: el veneno estaba en la cena que hemos degustado. Por tanto, todos estamos envenenados.

CAPÍTULO VI

Todos envenenados. Todos.

La idea seguía dando vueltas en la mente de Paul Lane. Seguramente como sucedía con todos los presentes a la siniestra velada de Mardi-grass, en Cementery Mansión.

El cigarrillo no tembló en sus dedos cuando fumó, pensativo, paseando por el gabinete donde sonaba la música. El sistema musical instalado emitía ahora melodías suaves, con instrumentos de cuerda. Era todo un contraste. Un contrasentido, casi. Música melodiosa… y clima de muerte.

Muerte por todas partes. Como brotando de aquellos muros malignos, para caer sobre sus ocupantes como un torrente de sangre invisible.

Muerte, incluso dentro de ellos mismos.

—Yvonne… —susurró lentamente. Miró a la joven cuando ésta alzó la cabeza para cruzar su mirada con la de él—. No sé cómo pude traerte hasta aquí, hasta esto que nos ocurre.

—No es tuya la culpa, Paul —le confortó ella—. Ha sido una jugarreta del destino. Había muchos sitios a donde ir a parar. Cementery Mansión era el peor de todos. Y aquí estamos. Eso es lo que cuenta, por desgracia para nosotros.

—Morir… Morir sin remedio. Yvonne, es demasiado cruel. Admito que yo corriera esa suerte, pero tú… No, no es justo. No debe ser.

—No sabemos qué es justo o injusto. Nosotros hemos hecho muchas cosas que tampoco eran justas. Tal vez esto sea una forma de castigo.

—Un castigo lento e inexorable, que está aquí, dentro de nosotros. —Se tocó el estómago, el vientre, casi con golpes de disgusto—. No, Yvonne. No merecemos tanto. Somos inocentes de

ese crimen, digan lo que digan. Ambos lo sabemos.

—Pero no de apropiarnos de ese dinero. Doscientos mil dólares que no son nuestros, Paul. Y que para todo el mundo constituyen una buena razón para matar.

—Lo sé. Pero cuando llegamos, el viejo Ashton, el rufián, estaba muerto. Con el cráneo aplastado a golpes en su despacho. Y el dinero estaba allí, esperándonos, tentador. Creo que hubiera sido mejor dejarlo allí. Pero eso ya no tiene objeto. No podemos lamentarnos de algo que está hecho, con todas sus consecuencias.

—Ahora, su sobrino David, y ese detective que él contrató, caerán fácilmente sobre nosotros, Paul, Pero importa poco ya. Sus acusaciones no sirven de nada aquí. Ellos y nosotros vamos a morir.

—Cuando menos es una muerte que nos iguala a todos —refunfuñó Paul Lane—. Aunque maldita la gracia que puede hacerme ese consuelo.

—Si existiera un medio de salvar la vida, de poder evitar ese destino… —murmuró Yvonne—. Creo que no volvería a cometer errores como el que tuvimos al llevarnos ese dinero tan fácil… y tan peligroso a la vez.

—Existe ese medio de salvar la vida, amigos míos —dijo la voz apacible, cerca de ellos.

Se volvió Paul. Miró a Claude Beaumont. Sin rencor.

Sin ira, incluso.

—Sí, claro —recordó lo que dijera Beaumont, tras su dramático anuncio, al término de la cena—. La única posibilidad estriba en que el asesino sea descubierto, y muera antes del nuevo día. Según sus cálculos, el veneno utilizado tiene un período de acción retrasada de seis a siete horas. Si en ese período de tiempo se nos administrase cierto antídoto, la acción del tóxico se detendría, y podríamos ser salvados. El antídoto sólo lo posee una persona en esta casa: usted.

—Exacto. Yo. Y fuera de este edificio para que no tenga la tentación de recurrir a él cuando empiecen los dolores iniciales.

—Con esa electrificación, ¿cómo espera obtenerlo, aunque el asesino caiga? —indagó Yvonne.

—Es muy simple. Está todo medido, ya se lo dije. Cuando cese esa corriente, el veneno estará entrando en su fase final. Hay el tiempo justo para tomar el antídoto y salvar la vida.

—Y ese antídoto… sólo usted sabe dónde está oculto.

—Eso es. Por tanto, yo debo de vivir para salvarles, si el asesino muere. Soy su salvaguarda única, Lane.

—Mal consuelo es ése para nosotros —suspiró Paul—. No tenemos parte en su tragedia, no somos siquiera elementos integrantes del reparto, pero el telón caerá para todos igual, sin remisión.

—No, si el criminal muere y yo sobrevivo —sonrió Beaumont, gravemente—. Es la única posibilidad.

—Entiendo su intención. En cierto modo, es egoísta. Todos debemos velar por su vida Beaumont. Vale usted demasiado para descuidarla. Y, por otro lado, debemos unirnos unos y otros, buscar al criminal, seamos interesados en la cuestión o no.

—Sí, Lane. Le parecerá injusto, pero no podía haber dos guisos diferentes. Todos debíamos comer del mismo plato. Además, no es tan injusto como parece. Tenga en cuenta que el asesino no hace distingos. Para él, todos somos presa codiciada. Matará a quien tenga oportunidad. Sea quien fuere. Disfruta con la muerte, con la sangre, con el daño ajeno. Es un paranoico, un monstruo de maldad, enfermo de la mente. Tiene podrido su cerebro. Pero es demasiado listo para dejarse desenmascarar… Incluso ahora ha callado y ha mantenido la serenidad, o ha fingido indignación por los hechos, según quien sea la persona que buscamos. Debajo de una de esas actitudes, hay un culpable que insiste en mantenerse en el anonimato, aunque ahora sepa que su triunfo será bien breve, ya que apenas salga de esta casa, al amanecer, caerá sin vida en ese mismo parque que rodea Cementery Mansión.

—Eso le hará todavía más feroz, si cabe —señaló Yvonne—. Saberse sentenciado, espoleará su odio, su crueldad…

—Es algo con lo que ya he contado. —Beaumont movió su cabeza de lado a lado—. Mi querida amiga, no es demasiado preocupante tal posibilidad. Si viera lo que fue capaz de hacer entonces, si supiera la dosis de crueldad y de insania que se aloja en ese ser, comprendería que no puede ser peor ahora. Que ha llegado al paroxismo de la demencia criminal…

—Ustedes hablan mucho sobre ese asesino. Especialmente usted, Beaumont. —Paul se expresó con lentitud, dando paseos por la estancia, sobre aquel fondo musical de suaves violines—. Pero lo

cierto es que no saben siquiera quién es. ¿Cómo pueden, en ese caso, estar tan seguros de que es un loco, de que su caso es el de un paranoico, de que disfruta matando, y todo eso? Las razones de sus actos pueden ser muy otras, aunque ustedes piensen lo contrario.

Beaumont miró largamente a Paul. Luego, tras una pausa, se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Por favor, venga conmigo. Le mostraré algo…

Y echó a andar, con sus pasos firmes y autoritarios, en dirección a una de las puertas del gabinete. Paul Lane le siguió sin dudar y su inseparable Yvonne, prestamente, se apresuró a unirse a ellos, sin despegarse lo más mínimo de Paul, en cuya compañía parecía sentirse, cuando menos, más segura.

Aunque ahora, esa seguridad importara muy poco, llevando como llevaban la muerte dentro, en forma de veneno lento, pero implacable.

* * *

Era la biblioteca de la casa.

Un recinto confortable, con una falsa chimenea de leños, que era, en realidad, una instalación eléctrica, con maderos entre los que brillaba la luz rojiza, y emitiendo rayos infrarrojos de calor. Libros en abundancia adornaban las estanterías. Había cuadros colgados de los muros. Cuadros impresionantes.

Yvonne se estremeció, clavando sus ojos en uno de ellos, especialmente. Se veía allí, entre el límite dorado oscuro de su marco, una escena brutal. Un gigantesco bárbaro, hacha en mano, empuñaba el arma sangrante con una mano, y con la otra sujetaba las cabelleras de cinco o seis cabezas, chorreando rojo violento. En tierra, a los pies del guerrero, una masa de cuerpos decapitados, de hombres y mujeres desnudos y esqueléticos, formaban la escena terrorífica, con fondo de árboles desnudos, montañas desgarradas y cielos negros y rojos, de torva expresión.

Paul estudió también el cuadro. Y la firma: Basil Briscoe.

—Sí —murmuró Beaumont, observando la dirección de su mirada—. Es de él. Uno de sus últimos cuadros. Lo adquirí por diez mil dólares. Pobre Briscoe… Terminó en un espectáculo digno de su inspiración.

—Pero él amaba la sangre, según veo —comentó Lane—. Y eso

no se lo concedieron.

—Cierto. Le ahorcaron de una araña de cristal, en el vestíbulo. Horrible… No lejos de él estaba el cuadro. El mismo cuadro que esta noche vieron ustedes allá afuera, en el árbol cerca del cual reposaba el cadáver de su hermano James.

—¿También James Briscoe vino esta noche aquí con la idea de… de vengar a su hermano?

—Sí, como todos. A él le dieron poco tiempo. ¿Se fijó en su cuerpo? Estaba acribillado a cuchilladas… La sangre había brotado a raudales, como a su hermano le gustaba pintarla en sus cuadros. Quizá sea cierto que Basil estaba loco. Pero su asesino aún lo estaba más… Y por lo que veo, sigue empeorando. La muerte de James ha sido demasiado brutal, demasiado sangrienta…

—Como un tributo a su hermano quizá —comentó, con amarga ironía Lane—. ¿También era artista James?

—También. Pero no como Basil. No era pintor ni nada parecido. Su profesión era la de actor teatral.

—Actor… Interesante oficio. ¿Clásico, tal vez?

—Lo había sido. Pero decía que el clásico da hoy poco dinero —se encogió de hombros—. En el fondo, tenía aficiones similares a su hermano Basil. Sólo así se explica que representara espectáculos de grand-guignol. Ya sabe: sangre abundante, violencia, esperpentos en escena, y cosas así. Eso sí que era un tributo a la memoria de su hermano. Hoy, al verle muerto, acribillado a cuchilladas, bañado en su propia sangre, me acordé, sin querer, de las escenas sanguinolentas de su grand-guignol, y creí verle en una de esas monstruosidades escénicas que llenan los teatros provincianos. Pero no era ninguna representación teatral, por desgracia para él.

—Por lo menos, no de ésas en que el muerto se levanta a saludar, tras haber caído el telón —sonrió Paul, gravemente—. El grand-guignol montado aquí por el asesino, está escrito con auténtica sangre humana, no con hemoglobina… Bien, Beaumont, dejemos eso ahora. Me habló usted de… de la locura del asesino. ¿Qué pretendía enseñarme, en relación con ella?

—Usted puso en duda que nos las hubiéramos con un demente. Le voy a probar que es lo cierto. Estamos tratando con un loco muy peligroso. Y muy inteligente y audaz, por añadidura.

—Le escucho. ¿Cuáles son esas pruebas?

—Sólo una. Véala, Lane.

Abrió una estantería cerrada con llave. Buscó entre los volúmenes, hasta hallar un sobre lacrado y cerrado. Los lacres estaban cuidadosamente arrancados a cuchillo, sin apenas partirlos. Paul los contempló, así como Yvonne, cuando Claude Beaumont puso el sobre en sus manos. Se estremeció.

La marca impresa en cada lacre era una calavera. La voz de Beaumont le invitó:

—Adelante. Ese macabro detalle importa poco. Abra el sobre. Lea lo que contiene… y deme después su opinión.

Lane obedeció. Extrajo una hoja doblada de papel recio, al que se habían adherido una serie de letras y palabras de diferente tipografía y tamaño, recortadas de periódicos, revistas e incluso libros, sin duda alguna.

Todo ello formaba un texto alucinante y horrible, que hizo abrir los ojos a Yvonne, con expresión horrorizada.

Lane fue leyendo con calma aquel mensaje que Beaumont guardaba de modo tan celoso en su biblioteca:

«Todos van a morir. Tienen que morir. Yo soy su verdugo. Resulta hermoso matar, quitar vidas estúpidas y vacías. Ver mis manos bañadas en sangre. Sentir cómo gotea de mis dedos al suelo… Sangre humana. Cálida y palpitante en las venas, se enfría y apaga pronto al coagularse fuera del cuerpo.

»Os mataré a todos. Esta mansión rezumará sangre por sus muros. ¡Qué gran placer bañarme en vuestra sangre y reír, goloso, sobre vuestros cadáveres fríos y miserables!

»Si os pudiera contemplar más tarde, podridos en vuestros ataúdes, con los gusanos corroyendo vuestra carne fétida… ¡Qué saltos de alegría iba a dar!

»Hasta pronto. Vuestro

»Verdugo».

—El verdugo… —murmuró Lane—. Un buen nombre para un asesino…

—¿Qué opina de esa carta? ¿Es la de un paranoico o no? —Recuperó Beaumont el mensaje siniestro, que volvió a su escondrijo entre los volúmenes.

—Al menos, lo parece —asintió Paul Lane—. Incluso lo parece

demasiado.

—¿Qué quiere usted decir? —arrugó el ceño el anfitrión.

—Nada concreto. Quien compuso ese texto puede ser un maníaco obsesionado con la sangre y la muerte… o alguien muy inteligente que pretende hacernos creer eso a todos. ¿Quién era el destinatario de esa misiva? ¿Usted?

—Sí, yo. Encontré la carta sobre la almohada de mi lecho, aquel Mardi-grass terrible, en que cayeron los cuatro: Rosalind Landau, joven, esbelta, hermosa… Basil Briscoe, genial y rebelde… Norman Lawson, burgués y afectuoso… Eunice Bromley, casquivana y frívola, amante ocasional de Basil, como de tantos otros…

—Y ahora, el quinto en la lista: James Briscoe, hermano del gran pintor loco —suspiró Paul Lane—. Ciertamente, la ausencia de un motivo razonable para tanto crimen estúpido, hace pensar forzosamente en un loco. Sí, quizá nos veamos ante un demente en pleno delirio homicida, pero…

—Pero ¿qué, Lane? —Se intrigó Beaumont, clavando sus ojos en él.

—No, nada —suspiró Paul, sacudiendo la cabeza—. Era sólo una vaga idea. No tiene importancia. Por cierto, hay una pregunta que antes quedó en el aire, cuando iba a ser contestada, y que ahora quisiera hacerle directamente a usted, como persona más interesada en el asunto, Beaumont.

—¿Y bien? ¿Qué pregunta es ésa?

—Muy simple: ¿Por qué nadie sospecha de usted como culpable real de esos crímenes? ¿Por qué Claude Beaumont está al margen de toda sospecha? El hecho de ser el anfitrión, supongo que no le excluye de ser un posible asesino.

—Está en lo cierto. No es ésa la razón que me excluye de esa posibilidad —sonrió Beaumont, con su afabilidad habitual—. Fue otra razón de mucho peso, capaz de convencer a cualquiera. Por eso nadie ha pensado en mí como asesino de aquellas cuatro personas…, aunque sí podría serlo ahora de James Briscoe. Pero la gente, precisamente por desligarme totalmente de aquellos crímenes que ensangrentaron mi casa, me excluye también en este caso, ya que resulta lógico suponer que la misma persona que mató entonces… sigue matando ahora.

—Sigo esperando su razón contundente —sonrió, a su vez, Lane

—. Y supongo que debe serlo mucho para que le mantenga al margen de todo recelo.

—Lo es. Mucho, Lane. Tanto, que me convierte en un hombre con la imposibilidad material de cometer delito alguno en aquellos momentos. Imagine que Basil Briscoe fue ahorcado de una lámpara. Previamente le habían golpeado y luego le subieron a la lámpara, colgándole de ella. Rosalind Landau fue atada a su lecho y brutalmente decapitada, tras mutilar también sus brazos y piernas. —Parpadeó un momento, con horror. Y Lane notó el estremecimiento de Yvonne, a su lado—. Luego, Norman Lawson fue encontrado muerto a hachazos, en el patio interior, sobre un montón de leña para el hogar del salón. Todos los leños aparecían enrojecidos como si los hubieran cubierto con pintura escarlata. Y era sangre. Sangre del pobre Lawson. En cuanto a Eunice Bromley, la amante de Basil Briscoe, no sufrió mejor suerte cuando le tocó su tumo. Alguien había claveteado sobre un arcón de madera del piso alto, una serie de gruesos clavos, cuya cabeza quedaba arriba, en la tapa, por su lado exterior… y los largos pinchos de hierro señalando hacia el angosto interior. Al menos eran diez clavos de gran tamaño y longitud, afilados previamente con mucha minuciosidad. Pues bien, encerraron a Eunice en ese arcón, tras atarla y amordazarla, quizá después de aturdiría de un golpe. El asesino, sin embargo, esperó a que volviera en sí para iniciar su tortura. Una vez despierta, la metió dentro del arcón y cerró éste de golpe.

Lane se estremeció también ahora. Yvonne lanzó un gemido.

—Debió ser horrible —prosiguió Beaumont, con voz alterada—. La desdichada, cuando la hallamos, tenía sus ojos desorbitados, señal de asfixia en su rostro, la lengua asomando entre sus labios amoratados… y los clavos se habían hincado en su carne, en su rostro todo, en su cuello y pechos, ensangrentándola con terribles pinchazos que debieron convulsionaría de dolor durante el tiempo que le duró el poco aire respirable allí dentro.

Hubo un angustiado silencio tras la espeluznante descripción de los crímenes, en especial de aquel último, el de Eunice Bromley. Paul Lane respiró hondo. Y miró a Beaumont, interrogante.

—Espantoso todo —admitió, sordamente—. Realmente estremecedor. Pero ¿dónde está la razón de peso por la que debe quedar usted excluido?

—Es muy simple —suspiró el anfitrión de Cementery Mansión—. Por entonces estaba yo reducido casi a la invalidez absoluta, a causa de un accidente de automóvil. Mis manos estaban quemadas, envueltas en vendajes, y mi mano derecha, además, por fractura de varios dedos, escayolada hasta la muñeca. Todo el mundo sabe que no soy zurdo, y un asesino que actúa de ese modo necesita la ayuda de ambas manos, una fuerza respetable… y también una agilidad que le permita realizar todas esas cosas sin problemas. Yo, aparte mis manos, cojeaba ostensiblemente, caminaba muy despacio, y me pasaba muchas horas en mi lecho. ¿Cree que un hombre en esas condiciones, con toda clase de certificados médicos que lo garantizasen, podía ahorcar a un hombre joven en el techo del vestíbulo, clavar gruesos clavos en un arcón, meter en él a una mujer, tras golpearla, atarla y amordazarla, esgrimir un hacha para mutilar a Rosalind o abrir casi en canal a Norman Lawson? Todos los médicos dijeron lo mismo: era clínica y físicamente imposible que yo, aún con las fuerzas que presta la demencia posible del criminal, pudiera realizar ni la décima parte de esos esfuerzos. Y muchos de ellos me hubieran precisado horas enteras de ejecución.

—Sí —admitió Lane, gravemente—. Debo reconocer que eso lo excluye también para mí, casi por completo.

—Además, estuve en compañía de Norman Lawson mientras asesinaban a Rosalind Landau. Eso se pudo demostrar entonces, ya que el propio Lawson lo había referido así, antes de morir, hablando de ello con Delphi Lawson y Adam Landau. Ellos fueron mis mejores valedores.

Evidentemente, una coartada de hierro —sonrió Lane, pensativo —. Ahora quería…

Se interrumpió.

Hasta la biblioteca había llegado el largo grito de terror, convulsionándolo todo. Pero aunque era una voz de mujer, en esta ocasión supo Lane que no se trataba de Erika Siodmak. Sólo podía haber sido Delphi Lawson, la viuda de Norman, la Dama Sangrienta de aquella tertulia con la muerte.

Y evidentemente, gritaba por algo más que histerismo o un simple susto trivial. Gritaba por algo que su propia voz formuló ahora, desgarradoramente, extendiéndose sus agudas palabras por toda la casa:

—¡Dios mío, vengan aquí! ¡Acudan todos! ¡Está muerto… está muerto! ¡Le han asesinado!

—Cielos —jadeó Beaumont, palideciendo—. Otra vez. Parece que el monstruo ha cosechado ya su sexta víctima.

Y echó a correr, lo mismo que Paul e Yvonne, para averiguar lo sucedido.

Lo que era evidente es que había otra muerte. Otro crimen.

CAPÍTULO VII

Otro crimen.

Y esta vez dentro de la casa, como antes sucediese afuera, con James Briscoe.

Paul Lane contempló en silencio el cadáver, una vez más. Delphi Lawson tuvo toda la razón del mundo para gritar. Era una mujer difícilmente impresionable, pero hay cosas que pueden afectar e impresionar a cualquiera.

El alto y caballuno Roger Desny, una vez muerto, era uno de esos espectáculos capaces de sobrecoger a cualquiera. Al menos, con aquella muerte…

Habían sido despiadados con él. Brutalmente despiadados. Las manos asesinas actuaron rápida y eficazmente. Ante aquella evidencia, Paul empezó a pensar si no tendría razón Beaumont en catalogar a aquel asesino como un paranoico peligrosísimo, delirante de odio y de afán homicida.

Sólo así se explicaba que las paredes estuvieran cubiertas de regueros sangrientos. Todas las paredes, en torno al cuerpo abatido sobre un piano de teclado cerrado. Del mueble goteaba aún la sangre sordamente, con un siniestro repiqueteo en la alfombra empapada. La cabeza oval y calva del infeliz colgaba a un lado, casi suelta de su cuello. El impacto del hacha había sido aterrador.

Luego, el filo se había ensañado en otros puntos del cuerpo, hendiendo ropas, carne y huesos en un aquelarre de crueldad y dé sangre. Pero todo eso lo había hecho simplemente por ensañamiento sobre un cadáver. El primer golpe a la garganta había sido mortal.

El arma yacía allí, ante ellos, no lejos del cadáver. Tenía sangre hasta su mango. Y nadie esperaba que ofreciera la menor señal de huellas dactilares. Aunque en este caso, encerrados en aquella casa,

poca importancia podía tener durante esta trágica noche la existencia o no de huellas.

Lane miró en tomo suyo, El horror era colectivo. Beaumont, Delphi, Erika, Peter Eider, Adam Landau… Incluso David Ashton y el detective Blythe, sus enemigos personales, aparecían en un rincón, demudados, impresionados por la terrible escena.

—Me pregunto cómo no lleva manchas de sangre encima —comentó de pronto Lane, en voz alta.

—¿Cómo? —Landau se volvió hacia él, con la prontitud del policía que está a la caza de detalles significativos. No podía olvidar su antiguo oficio—. ¿Cómo ha dicho?

—Me hacía una pregunta.

Lane miró pensativo al ex policía, que se mostraba pálido como un muerto ante la presencia de aquel cadáver, quizá recordando una muerte parecida en brutalidad, cuando asesinaron a su querida sobrina Rosalind.

—¿Cuál, Lane?

—Con tanto derroche, con tanta salpicadura de sangre, si uno de ustedes es el asesino, yo me pregunto: ¿cómo puede ser que no presente ninguno la más leve mancha de sangre sobre sus ropas o sus manos? Muy rápido habrá ido quien sea en cambiarse y lavarse, para hacerlas desaparecer, si las había…

Todos parecieron meditar en silencio sobre esa inesperada observación de Paul Lane. Landau le miró, ceñudo. Luego, asintió:

—Está en lo cierto. ¿Qué ha sido usted hasta ahora, Lane? ¿Detective, acaso?

—¿Detective? —Se irritó Blythe, quizá dándose por aludido—. ¡Ese tipo era sólo un empleado del viejo Ashton! ¡Y le pagó con el asesinato cobarde, para robarle doscientos mil dólares!

—Pues parece un detective, Lane —dijo Landau, desentendiéndose del pelirrojo investigador privado de Baton Rouge—. Le felicito. Ha dicho usted algo desconcertante.

—Y muy cierto —admitió roncamente Beaumont—. Alguien tendría que tener alguna mancha de sangre sobre sí. No sé cómo pudo hacerlo, pero sólo cubriéndose de pies a cabeza y ocultando luego sus ropas, podría…

—Buscaremos esas ropas —habló Landau, enérgico—. Registraremos toda la casa, si es preciso. Guantes, una larga bata o

túnica, una caperuza, quizá…

—Es demasiado —refunfuñó Blythe—. No puede uno deshacerse fácilmente de esas prendas en sólo unos segundos… y encima ocultarlas debidamente.

—Pues según parece, eso es, justamente, lo que ha sucedido —replicó Paul—. Y por tanto, vale más buscar eso que nada.

—El maldito cerdo… —jadeó Eider, apretando los labios—. Otra vez está disfrutando… Otra vez nos tiene a su merced, el hijo de perra… ¡Nos destrozará a todos sin piedad!

—Puede ser —admitió Beaumont—. Pero recuerden que también él será destrozado. No sabe dónde está el antídoto. Llegado el momento, empezará a sentir dolores, sabrá que está empezando a morir… ¡y nadie impedirá esa muerte!

—Lo peor es que a todos nos dolerá al mismo tiempo —jadeó roncamente David Ashton—. ¿Cómo sabremos quién es el culpable?

—Él lo sabrá. Se retorcerá de dolor y sabrá que sus crímenes son inútiles. Irá en el mismo viaje sin retorno con todos nosotros. No tiene otra salida.

—Es un consuelo muy relativo —se quejó Yvonne, oprimiendo con fuerza la mano de Paul—. Una sola vida, a cambio de tantas… Si esto fallara, señor Beaumont, y todos falleciéramos, usted sería responsable de todas esas muertes, culpable de un asesinato colectivo, de la misma forma que lo es su odiado enemigo.

—Lo sé. Moralmente no me preocupa —se encogió de hombros—. No hay otro modo de luchar y acepto mis responsabilidades. Moriríamos de igual modo, aunque no existiera el veneno en nuestras vísceras, señores.

—Pero no moriría nadie, si usted no hubiera convocado esta reunión de Mardi-grass —objetó secamente Erika Siodmak.

—Era necesario —suspiró Beaumont—. De otro modo, el criminal seguiría con vida. Y cualquier día, los hechos se repetirían implacablemente, estoy seguro. Habría más víctimas aún. Es mejor terminar de una vez.

—De cualquier modo, todos aceptamos nuestro papel —les recordó Delphi, fríamente—. Nos juramentamos para dar con el culpable, recordadlo. Bien, ésta es la ocasión de hacerlo. Lleguemos hasta el fin.

—Nosotros no tenemos por qué vernos mezclados en este horror

—protestó airadamente John Blythe, el detective privado de Baton Rouge—. A fin de cuentas, somos ajenos a sus problemas. Y nadie nos pidió nuestro asentimiento para un juego tan feroz y peligroso.

—No hubo ocasión. Ustedes se metieron por sí mismos en la boca del lobo —sonrió Beaumont, impávido, tras una última ojeada al cadáver estremecedor de Roger Desny—. Nadie les citó a ustedes en Cementery Mansión.

—¡Ellos fueron culpables! —chilló el joven Ashton, señalando a Paul e Yvonne—. ¡Son dos delincuentes, iguales o peores que el que ustedes andan buscando ahora, con juegos de chiquillos dementes! ¡Por su causa, estamos ahora aquí Blythe y yo! Esto no es justo. Ellos se ocultaron aquí para huir a su crimen, para ocultarse ellos y el dinero. Es un caso muy diferente al nuestro, que sólo pretendemos hacer justicia.

—Ustedes buscan a los presuntos culpables de la muerte de su tío Eric, ¿no es cierto, señor Ashton? —indagó suavemente Claude Beaumont, fijando sus ojos en el joven.

—Bien sabe usted que sí, señor —afirmó David Ashton, gravemente—. Ellos le robaron y le asesinaron.

—Eso es lo que se supone en Baton Rouge, caballeros —suspiró Beaumont—. Lo que la policía imagina. Pero Paul Lane y la señorita Leroux afirman ser inocentes.

—¡Mienten! —Rugió Blythe—. La prueba evidente es que llevan consigo el dinero, producto del crimen.

—Eso no es una prueba, señor Blythe —sonrió el anfitrión, calmosamente—. Simplemente, se trata de un elemento aparentemente acusador, pero nada más. El señor Lane pudo hallar el dinero en el mismo lugar donde el señor Ashton apareció muerto, y resolvió quedarse con él, ya que eso podía atraer al verdadero culpable en pos de sus huellas, delatándose así por sí solo.

—¿Qué quiere decir? —Palideció bruscamente David Ashton, dando un paso hacia el dueño de la casa—. ¿A dónde va a parar con esas conclusiones, señor Beaumont?

—A algo muy simple, señor Ashton —el anfitrión clavó en él su mirada penetrante—. Si el señor Lane fuera inocente, cosa que estoy dispuesto a aceptar porque algo en esta joven pareja me hace sentir simpatía hacia ellos, entonces se daría un caso curioso, señor Ashton, Y es que… usted y su amigo, el detective Blythe, pasarían a

ser los sospechosos de tumo en el caso.

—¡Nosotros! —balbuceó Blythe, volviéndose también su rostro del color de la cera. Sus ojos centellearon—. ¡Señor Beaumont, he sido policía, ejerzo como honrado detective privado actualmente y…!

—Señor Blythe, me resultaría lógico que el señor Ashton viniera acompañado de un auténtico policía de Baton Rouge, para dar con el culpable de la muerte de su tío —terció suavemente la voz del ex policía Adam Landau—. Pero da la casualidad de que viaja usted con un detective privado llamado John Blythe… y yo, como policía que he sido también en Nueva Orleáns durante muchos años, encuentro eso sumamente raro y sospechoso. Por otro lado, señor Blythe, no resulta difícil recordar su nombre cuando se ha sido colega suyo en el mismo Estado. Y, ciertamente, sus antecedentes no resultan de lo más honorable. Incluso se da la circunstancia, harto significativa, de que me consta que el oficial de policía Blythe, de Baton Rouge, fue tristemente célebre en el momento de abandonar su cargo, a causa de un feo asunto de alijo de drogas y la muerte poco clara de un hombre involucrado en el caso. Todo lo cual obligó al policía John Blythe a presentar su dimisión como tal antes de que las cosas empeorasen y fuese destituido por sus superiores y juzgado por una serie de irregularidades muy graves. ¿No será usted, por casualidad, señor Blythe, el mismo John Blythe a que me estoy refiriendo, y cuya historia narré al señor Beaumont hace un rato?

Lívido, el policía privado de Baton Rouge hizo una rápida acción, llevando su mano al bolsillo, mientras sus ojos brillaban excitados fijos en Landau, Este fue más rápido que él. Cuando quiso darse cuenta, Blythe tenía ante sí la firme mano de Adam Landau, empuñando un revólver de chato cañón, calibre 38, amartillado y presto a disparar sobre él.

—No, amigo mío —sonrió el ex policía de Nueva Orleáns—. No juegue conmigo. Como policía, soy bastante más experto que usted. Me conozco todos los trucos habidos y por haber. Será mejor que le quiten esa arma al señor Blythe, Beaumont. Sí, la lleva en la axila izquierda, estoy seguro.

—No tiene usted ningún derecho —comentó rabiosamente Blythe.

—No, claro. Ninguno. Ni usted tampoco, mientras esté aquí con nosotros. Todos somos iguales en este momento: presuntas víctimas de un asesino peor que todo lo imaginable. Debemos unirnos contra él. Luego, si salimos con vida, será el momento de dirimir nuestras propias diferencias personales. Pero, de todos modos, sigo pensando que es mucho más sospechosa su actitud, señores, que la de Lane y la chica. Ellos llevan consigo el dinero, sí. Pero ustedes parecen mucho más interesados en darles caza, obtener el dinero y quizá, quizá, deshacerse de ellos con un fácil pretexto, ¿no creen?

—¡Ésa es una acusación muy grave, señor Landau! —Aulló el joven Ashton—. ¡Podemos exigirle a usted que…!

—No pierda tiempo y energías en discutir —suspiró Landau, cansadamente, mientras Beaumont despojaba de su arma al detective de Baton Rouge—. Cuando esta pesadilla termine, si es que termina, discutiré con ustedes cuanto deseen, caballeros. Ahora, ya sin armas, será mejor que se unan a nuestro grupo, procurando la defensa común. Luego, terminado esto…, veremos quién es realmente culpable del crimen de Baton Rouge…

Blythe apretó los labios con ira. Ashton iba a protestar de nuevo airadamente. El policía retirado le detuvo por un brazo, enérgico.

—No, David —atajó—. Es mejor dejarlo así ahora. Él tiene razón. Es más importante salir con vida de esta sangrienta ratonera, que pretender discutir ahora con nadie. Aunque eso sí, «colega»… ¿No sería mejor devolverme mi arma, por si me veo obligado a utilizarla contra ese monstruo que albergan ustedes aquí?

—No —rechazó secamente Beaumont, tomando el arma y guardándola en su bolsillo—. Ustedes no llevarán armas mientras estén aquí. Sólo Landau conservará la suya. No quiero ajustes privados de cuentas. No ahora.

—¿Y si somos atacados? Precisamos defendemos.

—Señor Blythe, ante la clase de enemigo que se le enfrentaría, difícilmente iba a servirle de mucho su arma. Él o ella le sorprenderían indefenso. Y le mataría, pese a su pistola, estoy seguro.

—No es usted quien debe afirmar tal cosa, señor Beaumont —replicó acremente David Ashton—. Tenemos perfecto derecho a defendernos. Son nuestras vidas las que están en juego, por culpa de sus malditos juegos. Estamos envenenados, amenazados por un

asesino oculto, rodeados de muros electrificados… ¡y ni siquiera se nos permite disponer de un arma, en tanto la amenaza persiste! ¿Esto es justo? Entramos aquí siguiendoˆ un rastro, pero eso no justifica que usted, señor Beaumont, nos condene virtualmente a morir, del modo más teatral y estúpido que pueda imaginarse.

—El escenario de esta farsa sangrienta fue elegido por el asesino, no por mí, señores —habló roncamente Beaumont, bajando la cabeza—. Eso sucedió la primera vez. Ahora sólo he pretendido volver al teatro de su monstruosa matanza para provocarle y hacerle caer en la trampa. Lo cierto es que ahora está tan prisionero como todos nosotros. Eso enfurecerá más a ese monstruo, le irritará hasta el punto de sentirse acosado, nervioso. Y espero que todo ello provoque una crisis… y le haga caer vencido antes del plazo previsto.

—¿A cambio de qué? —Pidió Blythe, exigente—. ¿De un puñado más de vidas humanas? ¿Tiene siquiera garantías ciertas de que su famoso veneno no puede ser más fuerte de lo que ha previsto, o quizá más efectivo… y el antídoto llegue demasiado tarde a nuestro cuerpo intoxicado?

—Estoy seguro de que eso no sucederá. Nada tienen que temer del veneno, siempre que todo termine antes de la hora señalada. Es casi una garantía total, absoluta. Sólo un imponderable podría alterar las cosas. Y no espero que se produzca.

—Los imponderables se producen siempre —acuso Ashton, con acritud.

—Sí, claro —le miró con ojos glaciales Beaumont—. Pero no en este caso. No teman al veneno que circuía por sus venas. Teman al ser que intentará anticiparse a la acción de ese veneno en una auténtica lucha contra reloj por ser él quien les mate y no mi tóxico. Es esa premura, esa crisis de tiempo que yo he provocado en él, la que espero que altere su seguridad, que le impida obrar con su cautela de siempre… y termine por delatarse.

—Creo que estamos hablando demasiado —avisó Paul Lane, con voz seca—. Vamos a iniciar la búsqueda de esas ropas ensangrentadas. Es preciso dar con ellas. Tienen que estar en alguna parte El asesino no puede evitar que le salpique la sangre de sus víctimas, estoy seguro.

—Sí, es mejor ocuparnos de eso ahora y olvidar rencillas

personales —aprobó Delphi Lawson, saliendo de la habitación sangrienta, con una clara palidez en su semblante—. Paul Lane ha tenido una buena idea, que yo comparto, pero sigo preguntándome cómo puede ser tan rápido el criminal para despojarse de sus ropas ensangrentadas y aparecer ante nosotros, como uno más.

—Exacto —asintió PauI, ceñudo—. Por eso valdría la pena buscar… lo más cerca posible de esta habitación. Las ropas que le cubrían no pueden estar lejos, si es que existen. Y en ese caso, algún cabello, algún indicio… puede llevarnos directamente al culpable.

—Imagine que alguien encuentra primero esas ropas… y el primero es el asesino —objetó Peter Eider, gravemente—. ¿Qué sucedería?

—Para evitar eso, haremos algo elemental, Eider —replicó Lane, volviéndose a él—. Iremos por parejas. Así, serán dos quienes encuentren las prendas. Nadie podrá hacer nada por sí solo. Ni le daremos tiempo a que cometa un nuevo crimen.

—Bien —asintió Beaumont—. Organicemos las parejas. Usted e Yvonne, Paul, serán uno de ellos. Erika y Eider, otra. Delphi irá con Landau. Usted, Blythe, irá con su cliente, David Ashton.

—¿Y usted, Beaumont? —Quiso saber fríamente Blythe—. ¿Piensa ir solo?

—Tendré ese privilegio —suspiró el dueño de la casa, sarcástico —. Después de todo, los demás presentes en esta casa saben que yo no puedo ser culpable.

—Es cierto —asintió Lane—. Es el único que no puede ser culpable. Él no mató a nadie la primera vez en esta casa.

—Sí, estoy de acuerdo con Paul y con el señor Beaumont —afirmó Yvonne hablando inesperadamente—. Pero… ¿y si el asesino de esta ocasión no fuera el mismo de la primera reunión del *Mardi-grass*, señor Beaumont? ¿Ha pensado en esa posibilidad?

Todos miraron con asombro a la joven compañera de Paul Lane. Erika alzó sus brazos al aire, escandalizada.

—Eso es imposible —rechazó—. Todos sabemos que es el mismo, muchacha. Usted delira…

—No, no. Deja que hable esta joven —cortó Claude Beaumont, arrugando el ceño y dirigiendo, muy lentamente, sus ojos sorprendidos hacía Yvonne—. Lo que ha dicho la señorita Leroux es muy interesante, aunque suene a absurdo. Muy interesante, sí.

Desde luego podría suceder así, mi joven amiga. Pero, por el momento, preferimos seguir pensando que el criminal ha sido siempre el mismo. Pese a todo, siguiendo su sugerencia y para evitar cualquier posible equívoco, yo también me uniré a la búsqueda… formando grupo con ustedes dos precisamente, señor Blythe. ¿Todo a su satisfacción así, señorita Leroux?

Yvonne enrojeció, limitándose a asentir.

—Sí, gracias —musitó—. Y perdone, pero…

—Pero usted no se fía de nadie, ¿no es cierto, señorita? —Rió suavemente Beaumont—. Hace bien. Muy bien, créame. Quizá sea el único modo de que ninguno de nosotros caiga víctima de la furia homicida del monstruo. Creo que muchos murieron por confiarse, por no imaginar nunca que el que iba a matarles era aquella persona precisamente. Ahora, por favor, no se pierda más tiempo. Vamos. Les indicaré en qué direcciones debemos ir, respectivamente.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué dijiste eso, Yvonne? —Se detuvo Paul en su búsqueda apoyándose en el muro de viejo empapelado, salpicado de apliques pasados de moda, espejos dorados y cornucopias. Todo ello polvoriento y a veces hasta con el tejido gris de las telarañas.

—¿Por qué dije… el qué? —se interesó ella, vivamente…

—Lo de otro asesino —reflexionó Lane, mientras hablaba—. ¿Lo decías en serio?

—¿Por qué no? Todo el mundo da por hecho que la misma persona cometió todos esos horrores. Y, sin embargo, son dos momentos diferentes, dos situaciones distintas. Eso sucedió hace ya tiempo. Ahora lo han provocado de nuevo, repitiendo las circunstancias, pero de muy diferente manera.

—Beaumont partió de la base de que es un psicópata. Y en ese caso, es lógico que los hechos se repitan, al provocar en la mente enferma una repetición de circunstancias.

—Pero… ¿es realmente un psicópata? —dudó Yvonne.

—No lo sé. —Lane sacudió la cabeza, tras buscar estérilmente en otro lugar. Revisó un arcón, unos rincones ocultos por un cortinaje, un mueble del corredor, e incluso detrás de los cuadros y espejos colgados del muro, con resultado siempre negativo—. Quizá lo sea, en cuyo caso la teoría de Beaumont es cierta. Si hay fingimiento, si el criminal aparenta ser lo que no es, estaríamos ante una serie de absurdos asesinatos sin sentido, para serte sincero, querida.

—Sí, Demasiados asesinatos para cometerlos sin motivo —murmuró ella—. Cuando unas muertes no tienen razón de ser, cuando no existe móvil para unos crímenes… es que el culpable está loco. Eso resulta evidente.

—Exacto —asintió Lane, ceñudo—. Incluso demasiado evidente, Yvonne. Vamos. Aquí no hay nada de nada. Tal vez otros hayan

tenido más suerte que nosotros en la búsqueda.

—¿Y si no fue así?

—Entonces… —Lane se encogió de hombros, iniciando el regreso. Para ello, pasaron junto al sofá, sobre el que yacía el cadáver ensangrentado de James Briscoe, primera víctima de la trágica noche en Cementery Mansión. Lane se inclinó, alzando esa manta. Contempló el cadáver, rígido, con sus ojos vidriados, con su faz y cuerpo bañados en sangre, con las huellas de las tremendas cuchilladas recibidas… Eso era todo. Bajó de nuevo la manta sobre el cadáver de Briscoe, el hermano del pintor desquiciado. Y añadió, mientras proseguían hacia el centro de reunión—: Entonces, Yvonne, algo no tiene sentido ni explicación aquí. Algo no es lógico… ni puede suceder.

* * *

—Nada. Ni un solo trapo o plástico. Ni una gota de sangre. Nada.

Se miraron todos fijamente. Hubo asentimientos. Era coincidente el informe. Beaumont les miró con tristeza, junto a Blythe y Ashton. Parecía ser también negativo el resultado suyo personal.

Hubo un silencio tenso. Luego, tras la pausa, fue el propio Beaumont quien habló:

—Está bien. Creo que todos hemos tenido la misma suerte. Por tanto, la teoría de Lane, pese a ser ingeniosa, y hasta lógica, se hunde por su base. Es decir, el asesino no se mancha de sangre, aunque esté en medio de una carnicería.

—Sigue siendo ilógico —replicó Lane, acremente.

—¿Y qué culpa tengo yo? —rugió Beaumont, encarándose con él—. Hemos seguido su idea. No hubo resultado positivo. Lo siento. Y lo siento mucho, sí he de serle sincero. Pero no puedo inventarme pruebas que no existen. Coincido con usted. No tiene sentido. Pero sin duda, el maldito monstruo es mucho más listo que nosotros. Algo habrá inventado para evitar caer en ese fallo. Aunque maldito si sé lo que pueda ser. Lane. En resumen: olvidemos ese aspecto del asunto.

—Yo no puedo olvidarlo —señaló Lane, con voz seca.

—Muy bien. No lo olvide —refunfuñó Claude Beaumont—. Es mejor que cada uno haga lo que le plazca. Ahora sólo puedo

desearles buenas noches, si desean morir. Cierren bien la puerta de su dormitorio. No admitan a visitante alguno bajo ningún concepto. No se fíen absolutamente de nadie. Y no deambulen por ahí temerariamente. El que quiera velar, deberá hacerlo en compañía de dos personas, como mínimo. No se aceptan parejas. Dos reunidos puede significar simplemente un crimen más. ¿Entendieron todos? Ahora elijan lo que prefieran. Hay dormitorios para todos. En el piso alto, por supuesto. Y todos unidos, pero sin comunicación entre sí, para evitar errores trágicos. ¿Qué resuelven?

Se miraron todos entre sí. Hubo indecisiones. Y respuestas aisladas:

—Yo iré a dormir.

—Yo también.

—Yo prefiero quedarme.

—Sí. Y yo.

—Si somos más de dos, me quedo.

—Ni lo piensen. Me acostaré. Prefiero dormir. Tengo un despertador. Pondré la hora adecuada. Y si no resuelve el problema del veneno. Beaumont…, ¡le mataré con mis manos!

Era Blythe quien decía esas palabras. El aludido le miró glacialmente. Fingió ignorarlo. Luego contó las respuestas, meditativo.

—Váyanse a dormir los que gusten —dijo—. Y recuerden las instrucciones. Haremos rondas, de todos modos, para evitar cualquier eventualidad. De todos modos, les aviso lealmente: si el asesino piensa golpear otra vez, lo hará con las máximas garantías. Y será dudoso que falle.

—Parece pensar que es un superhombre —dijo Ashton, irónico.

—O una supermujer —recordó con tono sarcástico Erika, mirando aviesamente a Delphi.

Ésta la contempló malévola. Su rostro inquietante reveló odio y también ira. Pero permaneció callada, apretando sus labios con fuerza.

—O lo que sea —aceptó Beaumont—. Por lo que veo, PauI Lane, Yvonne Leroux, Adam Landau y los señores Blythe y Ashton, parece ser que se quedan en pie esta noche. Les acompañaré. Creo que siendo seis, no habrá peligro alguno.

—El peligro será nuestro —dijo burlonamente Peter Eider—.

Solamente las dos damas, Erika y Delphi… y yo. Seremos los tres únicos durmientes.

—Y James Briscoe —apuntó sardónicamente Adam Landau, soltando una breve risita.

—Eso no tiene gracia —refunfuñó con acritud Beaumont—. Dejen a los muertos en paz. También Desny está muerto. Es un sueño del que no se despierta.

—Se me ocurrió nombrar a Briscoe, quizá porque detestaba a su hermanito —dijo Landau, con aspereza—. Los tipos como él me revientan. Nunca pude soportarlo.

—¿A Basil Briscoe? —Claude Beaumont se encaró con el ex policía—. ¿Por qué, Landau?

—No sé… Creo que los hombres como él me asquean. Su idilio con chicas como Eunice Bromley…

—¿Qué pasa con eso? —Gruñó Eider—. No hacían mal a nadie.

—No estoy tan seguro de eso —rechazó Landau—. Eunice era su amante. Pero dicen que estaba casada en secreto con alguien… Eso explicaría muchas cosas, quizá. Los artistas como ese Briscoe acostumbran a estropear familias honestas. Mi sobrina era diferente. Rosalind no hizo nunca daño a nadie. Y la mataron. Ese crimen fue indigno. Pero en cuanto a Briscoe, tal vez no fue tan malo.

—Me sorprende, Landau. Son expresiones muy duras.

—Bien, parece que estamos en el momento de hacer confesiones abiertas y no andamos con rodeos, amigo —se enfureció Landau—. Me gusta llamar a las cosas por su nombre, ahora que voy a morir. Y ése es el nombre que tienen las cosas de esos pintores chiflados: corrupción y prostitución, velada con falsas etiquetas de libertad, ausencia de prejuicios y todo eso. No sé cómo sería James, pero sí sé cómo era Basil. Y debo decir que es la única muerte ocurrida en esta maldita casa, que no me preocupa en absoluto. La tenía merecida.

Beaumont estudiaba pensativamente a Landau. Luego se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. Piense lo que quiera, Adam. Pero Eunice, que yo sepa, era soltera. Y si estaba casada, la única culpable era ella. No había por qué ahorcar de una lámpara a Basil Briscoe.

—Basil era un psicópata —refunfuñó Landau—. No sé si su hermano lo sería, pero él, sí. De haber vivido, apuntaría hacía él

como culpable seguro.

—Pero no vive, Landau —le recordó Paul Lane, avanzando unos pasos hacia él—. Eso cambia las cosas, ¿no cree?

—Sí, claro —dijo roncamente el ex policía—. Eso cambia las cosas.

Y se alejó hacia el bar, sin añadir una sola palabra más.

* * *

Paul recorrió el vestíbulo. Pasó junto al cuerpo de James Briscoe, cubierto por la manta. No le inquietaba ya la presencia rígida de la muerte. Incluso cuando dejó atrás el cadáver tapado, creyó percibir un leve crujido de algún mueble. Pero no le dio tampoco importancia.

La muerte era otra cosa. Como amenaza, estaba entre los vivos, no en los ya difuntos. Un hombre —o una mujer— de aquella casa, era una especie de sediento de sangre, casi un vampiro.

Arriba, otro cuerpo bañado en escarlata, el de Roger Desny, esperaba a que la noche horrible terminase y volviera a haber salida libre de Cementery Mansión, para ser sepultado decentemente. La muerte golpeó dos veces en pocas horas.

Paul estaba seguro de que aún habría un tercer golpe.

Dónde y cuándo, lo mismo que sobre quién…, era todavía un enigma. Sin respuesta posible hasta que fuese demasiado tarde.

Yvonne le contemplaba desde los cortinajes que conducían a un corredor de la planta baja. Se miraron ambos un momento. Ella se estremeció.

—Preferiría estar en Baton Rouge —dijo—. En manos de la policía, interrogada por ellos… y hasta acusada de asesinato, Paul. Esto es horrible… demoledor… Me siento aterrorizada.

—Yvonne, hay que tener valor.

—Lo tengo —suspiró ella—. Y firme. No voy a dejarme vencer por nada ni por nadie, no temas. A tu lado, me siento segura. Sé que podemos salir de esta pesadilla. Y sé que podemos probar que somos inocentes.

—De eso no estoy tan seguro —sonrió Lane—. Pero apruebo tu valentía/Sigue así. Quizá muy pronto…

Se apagaron las luces. Fue súbito. Brusco.

Yvonne exhaló un gemido ronco. Paul corrió hacia ello en la

oscuridad. Las tinieblas les rodeaban por completo. Los cabellos de Lane se erizaron en su nuca cuando creyó sentir a espaldas suyas unos leves, extraños roces sobre las baldosas del vestíbulo de Cementery Mansión.

—¿Quién anda ahí? —llamó con voz ronca, justo cuando el cuerpo de Yvonne se pegaba a él, en un choque repentino y sordo —. ¡Responda! ¡Sé que hay alguien! ¿Quién es?

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba.

Si era el asesino, no acostumbraba a responder preguntas. Y lo malo es que Paul estaba seguro de que si era el asesino.

Tanteó en las sombras, con suma cautela, temiendo en cualquier momento sentir el impacto de un arma afilada contra su cráneo. Procuró desplazarse en la oscuridad, sin hacer ruido, siempre con Yvonne a su lado.

Luego, puso su mano sobre la boca de la joven, para recomendarle silencio absoluto. Sí se hallaban a solas con el criminal, era mejor no delatar su emplazamiento. No hacer ruido, no encender fósforos, ni lámpara eléctrica. Nada en absoluto.

La espera se prolongó. El silencio era tirante, angustioso. Paul Lane creyó percibir nuevos roces y crujidos, pero ya más lejos, hacia la escalera… Sentía que los cabellos de su nuca se erizaban.

¿Quién era el sigiloso, misterioso, paseante nocturno que parecía dirigirse a la planta alta en estos momentos?

Procuró llevar a Yvonne hasta la pared, apoyándola allí, sin posibilidad de que nadie se le aproximara por la espalda. Musitó junto a su oído:

—Quieta aquí. Ocurra lo que ocurra, no te muevas. No pierdas el control de tus nervios. Mantente serena. Quienquiera que sea el que se mueve, va hacia arriba. Está en la escalera. Voy a tratar de seguirle.

—¡No, no! —susurró ella horrorizada.

—Calla —pidió Lane, roncamente—. Ni una palabra. Sé lo que hago. Y cómo debo hacerlo. Te prometo que no pienso arriesgarme. Es preciso actuar, o morirá alguien más. Pero no voy a poner en peligro mi propia vida, descuida. Y, sobre todo, no olvides eso: quieta aquí, suceda lo que suceda. Si oyes ruidos, no te muevas… no respires. Va en ello tu vida, Yvonne, querida…

La besó en la oscuridad. Sintió que su piel temblaba y no de frío.

Luego, Paul Lane se desplazó en la sombra. Tanteó hacia la escalera. La comenzó a subir. De súbito, cuando estaba a mitad de ella, extrajo su lámpara y la encendió bruscamente.

El chorro de luz siguió los escalones vacíos, desiertos, la escalera silenciosa, la desolada planta alta del caserón. Nadie.

Respiró con fuerza. Quizá todo era un error. Acaso simples aprensiones y no había nadie. La noche, la oscuridad, producen extraños terrores.

—¿Y esa maldita luz? —Oyó rugir la voz de Beaumont en alguna parte—. ¡Por todos los diablos, dadla de una maldita vez! A ver, busquen todos los fusibles. Están en cada piso, a la entrada del corredor. Alguno ha fallado… o han provocado su fallo.

La voz de Beaumont procedía de la sala, donde se quedara con David Ashton y el detective privado Blythe. Oyó pisadas recias en alguna parte.

Lane tomó una súbita decisión. Se jugó el todo por el todo. Creyó que tenía que hacerlo, en conciencia, si quería evitar algo horrible. Era un presentimiento.

—¡Atención! —Rugió, haciendo bocina con ambas manos—. ¡El asesino! ¡Anda por ahí y va a atacar de nuevo! ¡Tengan todos cuidado, por Dios!

Hubo voces sofocadas, gritos precipitados. Sonaron puertas de dormitorios. Reflejos de lámparas eléctricas y fósforos bailotearon en la distancia. Beaumont tronó:

—¡Lane, no se mueva de dónde esté! ¡Quienquiera que se halle en el camino del asesino, no haga nada ni pierda la serenidad! ¡Grite simplemente para señalar su posición! ¡Pronto, grite cada uno su nombre, para que sepa dónde se hallan todos y cada uno!

Hubo un grito en un lugar de la casa:

—¡Aquí Peter Eider!

Siguieron otros:

—¡Delphi Lawson!

—¡Erika Siodmak!

—¡Paul Lane! —voceó el joven.

—¡Yvonne Leroux! —añadió ella, desde abajo temerosa.

Un silencio. Luego…

—¡David Ashton!

Otro silencio. Esta vez más largo. Silencio absoluto. Definitivo.

Todos sabían los nombres que faltaban.

—¡Eh, ustedes! —Voceó Beaumont—. ¡Respondan los que faltan! ¡Landau! ¡Blythe!

El silencio continuó. Lane creyó oportuno llamar:

—¡Ashton! ¡Ashton! ¿No está el detective Blythe con usted? ¿Ni Landau?

—No, no… —Sonó ahogada la voz del joven Ashton—. Salieron los dos hace un rato, y me quedé solo en el salón. Tengo una figura de bronce en la mano, por si me atacan.

—Diablos, ¡busquen todos a Landau y a Blythe! —ordenó Beaumont, alterado—. ¡Los dos ex policías se han extraviado! Y eso no me gusta.

Tampoco a Lane. Corrió escaleras arriba. Buscó por doquier, sin hallar rastro del criminal ni de los dos hombres desaparecidos misteriosamente.

La débil estría de luz iba debilitándose en la lámpara. Apagó.

Simultáneamente, se encendieron las luces. Una voz gritó triunfal:

—¡Encontré los fusibles! Estaban quemados. Sin duda provocaron un cortocircuito en algún punto de la casa.

Era cierto. Sólo había luz arriba, en la planta alta. Abajo continuaba la oscuridad. Iba a llamar a Yvonne para que se reuniese con él, cuando el espantoso alarido heló la sangre en las venas de Paul Lane.

Se precipitó escaleras arriba, vertiginosamente, en busca de la razón de aquel grito de hombre. Había creído identificar esta vez la voz de David Ashton, precisamente.

—¡No, no, nooo! —gritaba, enloquecido—. ¡Eso no, cielos! ¡No!

Lane alcanzó la planta alta. Se cruzó con Beaumont. Ambos hombres se miraron. Corrieron en la dirección de donde llegaba el grito agudo, terrible. Se unieron a ellos, prestamente, Peter Eider y Erika Siodmak. Lane no vio por parte alguna a Delphi Lawson.

Entraron precipitadamente en el salón encendido. Allí pudieron ver aquel horror.

David lloraba y gritaba, caído de rodillas, y ante el charco de sangre. Dos cuerpos decapitados yacían en la alfombra. Las cabezas quedaban lejos, como dos monstruosos balones hinchados, violáceos…

De una panoplia del muro faltaba un viejo sable de ancha hoja, de origen europeo, ahora ensangrentado junto a los dos hombres muertos.

Eran, por supuesto, Adam Landau y John Blythe. Dos ex policías, dos hombres que abandonaron el cuerpo policial, habían ido a encontrar otro punto en común en sus vidas; el final de éstas… Ambos, decapitados. Ambos reunidos en aquella sala…

—¡No, no! —sollozaba, histérico, presa de una crisis aguda y terrible, el joven Ashton, blanco como un muerto, mirando con ojos desorbitados a aquellos otros ojos, mucho más desorbitados y horripilantes, de los dos hombres muertos. En especial, de Blythe, su amigo de Baton Rouge. Seguía chillando—. No me miréis así… ¡No, John, tú no! ¡No me mires! ¡Sé que me acusas! ¡No pude evitarlo! ¡No pude evitar hacer lo que tanto me reprochaste! También los ojos de él, de mi tío Eric, me miraban así. Y seguían mirándome, mientras yo golpeaba, golpeaba y golpeaba su cráneo, hasta hundirlo. ¡No, John, no pude evitarlo, me enloquecí! ¡Pero no quiero ver más ojos así, no quiero que me miréis todos! ¡No, no, no!

Y se revolcó por el suelo, como en un ataque de epilepsia, mientras todos los presentes clavaban sus ojos asombrados en el joven para luego alzarlos hacia Paul Lane, que escuchaba en silencio, asombrado, aquella espontánea confesión, provocada por el terror, por las circunstancias.

—Todos estamos oyendo esto, Lane —dijo Beaumont. Los demás asintieron—. Somos testigos. Lo seremos ante la justicia… si salimos con vida de esta maldita ratonera.

—Gracias —murmuró Lane roncamente, sintiendo un profundo alivio, aún dentro del horror de aquella escena sangrienta.

Justamente entonces, la luz volvió a apagarse totalmente.

Se quedaron un instante rígidos, en tinieblas. Sólo unos segundos. De repente, otro grito agudo, ahora de mujer, restalló en la casa en sombras.

A Paul Lane se le erizaron los cabellos súbitamente.

Esta vez, el grito no era de Erika, ni tan siquiera de Delphi.

¡Era Yvonne quién había gritado, reflejando en su voz todo el pánico del mundo! Un terror que, a juicio de Paul, revelaba oscuros y terribles motivos insospechados… Algo que iba más allá de todo lo imaginable.

—¡Yvonne! —rugió—. ¡Yvonne!

Y se precipitó fuera de la estancia, sin importarle la oscuridad, en busca de la muchacha a quien, tal vez imprudentemente, dejara abajo, esperándole en el vestíbulo, no lejos del cadáver de James Briscoe…

CAPÍTULO IX

Nada. Nadie.

Yvonne había desaparecido. Ni rastro de ella.

Como enloquecido, Paul Lane miró en tomo, lo recorrió todo con mirada extraviada, con gesto convulso, Las luces volvieron al reponerse nuevamente los fusibles, tanto arriba como abajo.

Pero fue inútil buscar rastro alguno del paradero de Yvonne Leroux. Su grito fue el último signo de vida de la joven. No aparecía por parte alguna.

—Es… es enloquecedor —jadeó Lane, lívido, enjugándose el sudor del rostro. Miró a Beaumont patéticamente. Nunca me perdonaré haberla dejado ahí, quieta, lejos de mí…

—Serénese. No sabemos lo que está bien o lo que está mal. Ya ha visto a esos dos hombres. Estaban juntos. Y juntos fueron asesinados, sin muchos rodeos. Dos golpes de sable, y dos cabezas separadas del tronco. Fácil modo de matar. Y rápido. Tal vez se asustó la muchacha… y se ha ocultado en alguna parte…

—No lo creo —jadeó Lane—. Ella acudiría hacia nosotros; no se ocultaría en ninguna parte. Ha oído mi voz, sabe que la estamos buscando. No tiene sentido esconderse, Beaumont, y usted lo sabe.

—Diablos, vamos a intentar hallarla, sea como fuere —masculló el dueño de la casa—. Pero esta vez, todos unidos en grupo. No se pueden correr ya más riesgos.

—Estará satisfecho —le replicó agriamente Peter Eider—. Está saliéndose con la suya. Esta casa chorrea ya sangre por sus cuatro costados, Beaumont.

Él no dijo nada. Apretó los labios y siguió adelante, con la idea de buscar a Yvonne por toda la casa. Paul Lane recorrió el vestíbulo hasta la forma inmóvil del primer hombre muerto el que inició la matanza. Alzó la sábana, por si al misterioso criminal se le había

ocurrido la idea de cambiar el cadáver y meter allí… Se estremeció ante esa sola idea.

No, no quería pensar que Yvonne también hubiera sido víctima del criminal. De ser así, además, resultaba imposible imaginarse a alguien con el don de la ubicuidad. Todos estaban ya reunidos en el salón del doble crimen, cuando sonó el grito de ella.

Tuvo que ser otra cosa lo que la aterrorizó. Un factor imprevisible, insospechado para todos ellos…

Volvió a echar la sábana sobre el cuerpo sangrante de Briscoe. Las huellas sangrientas quedaron en su retina mientras se reunía, ensombrecido, con los demás. Su voz murmuró en tono alto:

—Se repite lo mismo de antes… Dos hombres decapitados brutalmente, un sable tinto en sangre hasta la empuñadura… ¡y nadie tiene una sola mancha sobre sus manos o ropas!

Todos se miraron instintivamente, en silencio. Hubo una pausa tensa. Beaumont respiró con fuerza.

—Cierto —admitió—. Lane tiene razón. Otra vez el mismo extraño fenómeno, maldita sea… Bien, vamos ya.

Siguieron adelante, en grupo. La búsqueda se inició por la planta baja. Siguió por la alta. Corredores, habitaciones… Se enfrentaron a espantosas escenas de sangre: Desny, Blythe y Landau…

Nada. Resultado negativo al final.

Desolados, se contemplaron todos cuando hubo terminado la revisión total. Eran rostros demudados, llenos de viva preocupación. Especialmente el del joven Lane, que, de la relativa satisfacción que suponía, una vez dentro de aquel mundo de pesadilla, verse libre de culpas, gracias a la confesión espontánea del sobrino de Eric Ashton, asesino por codicia, demasiado asustado al huir para recoger el fruto de su crimen, pasaba ahora Lane a la amargura profunda y terrible de verse responsable de la suerte de Yvonne, su joven compañera, la muchacha con quien compartía hasta entonces tantos sinsabores y dificultades, unidos lealmente en un esfuerzo titánico por demostrar su inocencia y hallar a los verdaderos culpables del crimen de Baton Rouge.

Ahora, otro criminal mucho más astuto y feroz les tenía a todos en jaque. Una sombra siniestra acechaba, flotando sobre todos ellos como una amenaza invisible. Un ser capaz de matar sanguinariamente, en medio de una orgía escarlata…, sin

mancharse lo más mínimo con la sangre de sus víctimas. Un criminal rápido, seguro, que pronto se mezclaba con los demás, fingiendo ser tan inocente como el resto.

—Lo siento, Lane —murmuró Beaumont—. No lo entiendo, pero hemos buscado en todas partes de la casa. No puedo comprender qué ha sido de su amiga.

—Pero ella… ella tiene que aparecer —dijo Lane, con voz sibilante.

—Sí, pero ¿cómo? —Murmuró Eider—. No veo posibilidad de dar con su paradero… Lane, debemos esperar. Tal vez en breve…

—¡Esperar! —Rugió Paul—. ¿A qué? ¿A morir todos, uno tras otro? ¡Estoy harto de este ridículo juego! Ha fracasado usted, Beaumont. Su hermosa trampa no funcionó. Ese monstruo nos matará a todos, uno a uno. Y estoy resuelto a terminar de una vez por todas con su diabólica idea. Me marcho de esta casa. Volveré con cientos de policías, si hace falta, y derribaré todo hasta dar con Yvonne.

—¿Salir de aquí? —Rió irónicamente Delphi Lawson—. ¿Cómo, amiguito? ¿Olvida la electrificación?

—Beaumont tendrá que ver un medio de quitarla —replicó Lane —. Pienso intentar la salida.

—Una descarga de alta tensión significa la muerte —avisó Eider.

—Muy bien. —Lane se encaminó resueltamente a la salida—. Moriré así. O envenenado, si no hay más remedio. Pero no me tendrán aquí por más tiempo; eso, seguro. No pienso esperar a morir como todos los demás, Beaumont. Al menos, usted será directamente responsable de una muerte: la mía. Voy a lanzarme contra la puerta electrificada.

—¡No lo haga! —gimió Beaumont, amargamente.

Trató de retenerle. No le fue posible. Paul Lane se precipitó a la carrera hasta la puerta de salida. Se detuvo junto al sofá donde yacía el bulto formado por el cuerpo de Briscoe. Lane se volvió a los demás.

—Existe la posibilidad de que el choque de un cuerpo contra lo electrificado provoque un cortocircuito también en la red exterior, dada la potencia de la descarga, y se anule la red electrificada, dejando franca la salida.

—No, no se sacrifique usted —jadeó Erika—. Todos tenemos

merecido lo que nos ocurre.

—Pero Yvonne, no. Ella no participaba en este juego de sangre sino obligadamente —replicó Lane—. De modo que haré lo que sea. Les dije que un cuerpo provocaría ese choque eléctrico. Muy bien. Será arrojado ese cuerpo humano a la puerta electrificada. ¡Pero no será el mío!

Se acercó al sofá. Tiró de la sábana, mostrando el cuerpo sangrante de James Briscoe.

—¿Ven? Un simple cadáver servirá, Beaumont. Apenas choque con la red de alta tensión, quizá la descarga desconecte la instalación…

—Sí, puede suceder —aceptó Eider, muy pálido—. Y total, Briscoe no existe ya.

—Exacto. —Lane se inclinó sobre el cadáver—. Él será quien se abrase. Ya no importa…

Aferró el cuerpo bañado en sangre. Iba a alzarlo.

Y ante el horror e incredulidad de todos… ¡el difunto James Briscoe se irguió, aferrando a Lane con manos ensangrentadas y coléricas, al tiempo que la boca del muerto emitía un ronco gruñido de ferocidad!

CAPÍTULO X

El pánico fue general.

Todos retrocedieron, lívidos, horrorizados. James Briscoe, el difunto Briscoe, sujetó a Lane con fuerzas titánicas. En el rostro ensangrentado, sus ojos desorbitados eran los de un espectro aterrador… o los de un loco.

—No, Lane —rugió aquella forma ensangrentada y cubierta de heridas—. ¡Serás tú quién pruebe esa corriente… antes de que todos esos cerdos mueran a mis manos y termine mi noche gloriosa!

Luego, ante el horrible grito colectivo, el monstruo ensangrentado arrojó a Paul Lane contra la puerta electrificada, como si fuese una pluma.

* * *

Hubo un chisporroteo azulado, gritos de terror, el cuerpo de Lane que rebotaba en la salida de verja metálica.

Luego, el ser sangrante se volvió a los presentes. En su mano esgrimía un arma muy diferente ahora: una pistola automática de calibre 45, que encañonó al grupo aterrorizado.

Una risotada escapó de labios del hombre de cuerpo, rostro y manos cubiertos de sangre. El hermano del pintor loco jadeó:

—Ahora… ¡id todos al infierno, estúpidos!

Su arma iba a disparar sobre los supervivientes de la sangrienta mansión. Fue entonces cuando sucedió lo inverosímil, como una continuación de los imposibles que se estaban produciendo esa noche en la casa.

PauI Lane, el electrocutado, saltó ágilmente, desde el suelo, y se precipitó sobre el hombre cubierto de sangre, y su mano golpeó seca, contundentemente, en la nuca del criminal.

Briscoe cayó de bruces. Quedó inmóvil en tierra. Lane se irguió, jadeante. Todos le miraban incrédulamente. Tomó Paul el arma de Briscoe. Luego, habló calmosamente:

—Lo siento. Debí pensarlo antes. Era el único que podía mancharse de sangre… sin que nadie lo advirtiera…

—James Briscoe… Pero entonces estaba vivo…

—Sí, Beaumont. Siempre estuvo vivo. Un asesinato fingido. Fue actor. Sabía interpretar bien. La sugestión hizo el resto. Esperaban asesinatos, y apareció con supuestas heridas, producto de un hábil maquillaje y algunos cortes reales, pero superficiales, sin duda. Un grand-guignol como los que acostumbraba a interpretar en escena, ¿recuerdan?

—Cielos… Siempre estuvo ahí, acechándonos, lleno de vida —jadeó Eider—. Ni siquiera fue envenenado, como nosotros, en la cena suya, Beaumont.

—Si no había tal alto voltaje afuera, sino una simple electricidad de baja tensión, inofensiva por completo, aunque espectacular…, dudo que hubiera veneno en la cena —sonrió Lane, tristemente.

—Es cierto —confesó Beaumont—. Traté de asustar al asesino. Y todo fue un fracaso. Él, maldito sea, se burló de nosotros.

—Pero ¿por qué James Briscoe? ¿Por qué? —gimió Erika.

—Está loco. Es un enfermo mental. Pero eso no es todo. En realidad, Yvonne acertó. Hubo aquí dos asesinos diferentes. Uno, el de aquella famosa noche: Basil Briscoe, ¿comprende, Beaumont? Buscaba inspiración en la sangre, en la muerte, para sus cuadros demoníacos… Él sí era un psicópata asesino. Luego, alguien le sorprendió, ahorcándole por sus crímenes, sin revelar la verdad. ¿Quién pudo ser ese alguien?

—Yo —habló sordamente Delphi Lawson—. Vengué a mi esposo. Y acabé con un monstruo. Pensé que esta fiesta de hoy sería una simple broma, puesto que el asesino no existía.

—Y no existía. Pero James heredó la tara de su hermano. Supo la verdad siempre. Y quiso averiguar quién ahorcó a su hermano. Una venganza absurda y terrible nació en su interior y le impulsó a matar tan ferozmente como su hermano… Tras cada crimen, volvía a ese sofá, se cubría con la sábana… y burlaba todas nuestras pesquisas.

—¿Usted lo averiguó, Lane? —preguntó Beaumont.

—Sí.

—¿Cómo?

—La sangre, Beaumont. Y luego, el grito de Yvonne.

—¿El grito?

—Lo lanzó aquí. Y aquí desapareció. No tenía sentido, salvo que vio a Briscoe volver, y no era un espectáculo grato. Bajo la sábana, debió dejar en ese tiempo alguna almohada u objeto. Yo oí crujidos antes… y era él, al moverse… Até esos cabos y supe la verdad. Y también dónde está ahora Yvonne.

—¿Dónde? —jadeó Erika.

—Ahí —dijo Lane—. No hay otro sitio.

Volcó el sofá. Debajo, apareció Yvonne. Atada, amordazada. Inmóvil. Incapaz de llamar o moverse… Les miró patéticamente. Lane sonrió. Fue a ella. La desató.

Sollozando, la joven se aferró a él. La pesadilla había terminado.

* * *

La mansión sangrienta quedó atrás en el amanecer, rodeada de policías. Lane e Yvonne, con otros agentes y oficiales, caminaban ya hacia Nueva Orleáns, en el coche patrulla que les recogiera.

—El dinero está ya en buenas manos —suspiró Lane—. Sirvió de cebo, como esperaba… Ahora estamos libres de toda acusación. David Ashton quiso volverse atrás, pero no le fue posible. Los testigos pesaron. Y ya lo ha confesado todo.

—Oh, PauI, ¿olvidaremos alguna noche este horror, esta pesadilla?

—Difícilmente, Yvonne…, pero debemos intentarlo… Y quizá lo logremos, juntos y en otro lugar, donde olvidar tantas amarguras.

—Sí, Paul. Juntos siempre.

Se abrazó a él. El sol salió sobre la ciudad.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.